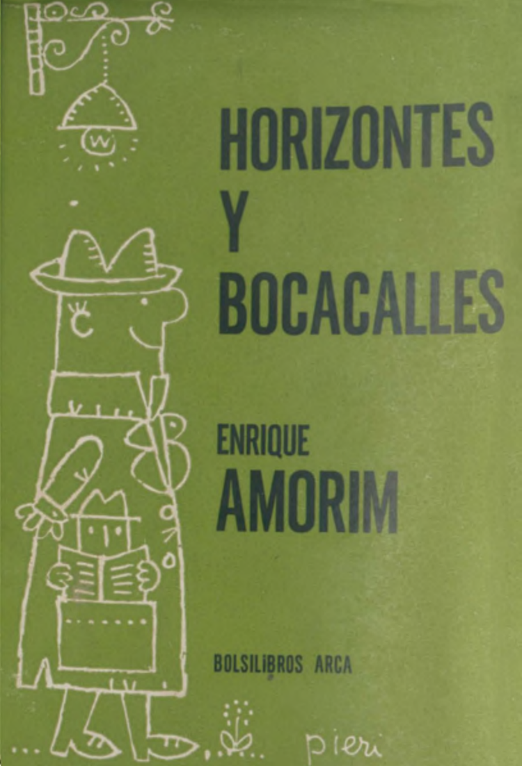
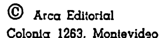

HORIZONTES
Y
BOCACALLES
ENRIQUE
AMORIM
BOLSILIBROS ARCA
pieri

HORIZONTES
Y
BOCACALLES

Primera Edición: 1926.



Colonia 1263, Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

HORIZONTES Y BOCACALLES

ENRIQUE AMORIM

ARCA / Montevideo

HORIZONTES

SAUCEDO

Soy Saucedo, el ranchería que se asoma al camino polvoriento. Lagañosos mis ojos —colocados a la puerta de los ranchos— están gastados de tanto ver cómo el camino pasa sin cesar. Gastados y sucios, color de barro.

Después de la estación, distante unas diez leguas largas, soy el más importante lugar que se halla en veinte leguas a la redonda. Yo me encrespo con mis veinte leguas a la redonda, mientras la estación va poniéndose rígida con sus galpones de zinc...

Tengo un arroyo cercano con sauces caídos sobre las aguas, de ahí mi nombre. Y una y cien cuchillas y cerrilladas me circundan. Veo desde mi sitio estirarse los caminos, largos callejones que atraviesan el río y la selva... Las nubes, allá arriba, grises, negras o blancas. Grises, las más fieles en marcar las horas de mis días. Negras, las que detienen su paso, agitan los árboles y se deshacen en lluvias torrenciales. Blancas, las que pasan como pájaros enormes, indiferentes... Allá arriba, ellas; aquí abajo, yo. Yo, con el polvo del camino que alzan las tropas al pasar; con el ladrido de los perros; con el chistido de la lechuza, fija en el espacio... Y, nada más, sobre la tierra...

Amanece y los gallos de mis gallineros lanzan sus bostezos sonoros... Mis ranchos abrirían sus puertas si la gente las cerrase por la noche... De las enramadas, bajan las gallinas caprichosas que buscan el lugar más seguro para guarecerse de las comadrejas y los zorros. El callejón desierto alár-

gase más aun, a las primeras luces que resbalan sobre la escarcha. Pasa luego un jinete lentamente y se va poco a poco, haciendo un punto negro que anda por el callejón en la cuchilla. Los campos, a lo lejos, van cambiando de color. Un momento verdosos; al instante dorados; luego de un gris de ceniza; más tarde plateados, después... Los campos circundantes son medidos por los rayos del sol: desde mi último rancho —que es el del panadero Nicomedes— hasta el horizonte, van diez leguas...

Los alambrados que dividen las propiedades suben y bajan las cuchillas, traspasan el monte, el río y siguen. Parten desde mis ranchos para perderse en las pampas, adornados, de trecho en trecho, por los pájaros o envueltos los hilos bajos de la divisa, por la lana de las ovejas sarnosas que van perdiendo sus vellones al andar. Una tranquera a lo lejos, es como un nudo del caminito que conduce a la estación.

Antes, hace ya mucho tiempo, tenía tres ranchos y un chiquero. Después fueron allegándose los otros, como si los trajesen de arrastro por el campo. Una vieja que andaba arrastrando una bolsa y recogiendo bosta, cruzóse con un curandero y entre los dos alzaron el cuarto rancho. Alguien venía persiguiéndoles, pues permanecieron escondidos entre las ramas un par de semanas.

Toda la escorería de las estancias recibe mi acogida, que sale al camino a detener el paso de los perseguidos. Y sólo sé que viven en mi poblado, cuando al atardecer alzan escaleras de humo tímidamente hacia el espacio.

Ahora cuento con cincuenta ranchos. Entre ellos una carnicería y un boliche. Diez árboles, dos en la carnicería —un par de paraísos raquíticos, amarillentos—; una higuera arrugada, llena de nudos y

verrugas, en el boliche, frente a un algarrobo inclinado cuyas ramas reatadas con alambres herrumbrados destilan una resina que forma lágrimas; tres naranjitos que dan una fruta pequeña y seca, proyectiles en las manos de los ochenta rapaces del rancherío; un ombú en medio del chiquero mayor, cuyas raíces parecen alimentarse con las vísceras que allí se arrojan. Las raíces, carcomidas por los cerdos cuando no hay carneada, vanse debilitando y siempre se espera que una tormenta haga caer el árbol... Al terminar el rancherío, por el poniente, dos paraísos de grueso tronco, rodeados de pequeños hijos, despiden, colocados al borde del camino, a la gente que se ausenta. A cuatro cuadras, el cementerio araña con sus cruces las reverberaciones del campo.

Tres caballos, que todos desprecian por inservibles, entran y salen de los plantíos de maíz, libremente. Sobre sus puntiagudos lomos sarnosos, los tordos y bosteros hacen festines al sol...

Uno de los caballos vagabundos es tordillo, sucio, flaco y le falta un ojo. El otro es zaino y tiene ambas orejas quebradas, caídas sobre los ojos. Al andar le molestan. El tercero es una colorado sillón. Le llaman así porque su espina dorsal quebrada, forma una pronunciada y absurda curva hacia adentro, como si el peso de un jinete le hubiese doblado el espinazo. Además es rengo. Arrastra una pata, la cual muerden los perros del carnicero don Cirilo, azuzados por los morrallas de sus hijos, todos petizos y picados por la viruela.

A las ocho de la mañana, el sol entra por las ventanas de los ranchos y los atraviesa de parte a parte. Otras veces, cuando hay fuego encendido dentro, traspasa el humo denso de las cocinas con mil alfileres de oro que se cuelan por entre las pajas de las empalizadas. Hilos de oro, en donde danza la

ceniza volada del fogón bajo la mirada lacrimosa y compasiva del perro...

Pasa un sulky ciertos días de la semana. Siempre es el mismo. Hace diez años que cruza, tres veces por semana a la misma hora. Lleva un caballo barroso. Al pasar el pantano, abierto a unos metros de los paraísos, el hombre que lo gobierna —un negro— grita mientras el látigo cae sobre las ancas del caballo:

—¡Indio!, ¡marcha Indio! ¡firme!...

Los perros le ladran entonces, malhumorados. Un chico, a veces, arrójale al negro una naranjita o un terrón de tierra. Cuando deje de pasar el sulky —alguna vez será—, ladrarán una vez menos los perros del carnicero.

Como hay quien cocina con bosta, se ve a lo lejos, en la cuchilla, a una vieja que lleva una bolsa de arrastro. De trecho en trecho se agacha, en ademán de levantar algo del suelo. Parece recoger hortalizas, pero levanta los desperdicios de los animales. Volverá después a su vivienda miserable. donde la espera su "viejo", encargado de recoger los huevos. Cuando se acerque, desde unos metros antes de llegar al rancho, preguntará:

—¿Recogiste los güevos, viejo?

—Dos.

—¿Y la culeca?

—Encerrada.

—¿Murió el gayo enfermo?

—Estaba comiendo.

—¡Gayo guapo! ¡Ejem! ¿Preparaste el agua? Cebame, ¿querés? Tengo una sé de todos los diablos y me duele la centura...

A la entrada del sol salen los bueyes de la chacra de maíz, camino de la aguada, tranquilos, indiferentes al ladrido de los perros. Pasa casi siempre un caminante, al trotecito, bajo un ruidoso vue-

lo de teros. El camino se alarga y hácese más estrecho al trepar la cuchilla. Hay un cacarear de gallinas que suben a las enramadas y los gallineros. Se oye, lejos, un balar lamentable de ovejas. Cuando se hace la noche, la luz del boliche llega hasta la mitad del camino, donde los perros, echados en el barro, duermen sus hambres. Arriba, entre la luna y la tierra, fija en el espacio, la lechuza...

II

Ahora Saucedo está cubierto de langostas. Los postes del alambrado, sus hilos, los ranchos, los diez árboles, el maizal, el arado, las enramadas, todo parece hervir o temblar bajo una capa parduzca. Hay en el ambiente del rancherío un áspero olor penetrante. La capa parduzca hace pensar en un sudario negro, envolviendo el poblado. De trecho en trecho, al paso de un hombre o a la proximidad de un pájaro, las langostas se separan de los postes, haciendo un ruido de hojas secas arrastradas por una ráfaga de viento. Salpican, vuelan un instante agitadas y se vuelven a pegar a los alambres, engrosándolos hasta el punto de parecer transformados en amarras o piolas gruesísimas. La fisonomía del pueblo tomó, de la noche a la mañana, un aspecto sorprendente. Crecieron las cosas, ennegreciéronse las plantas, el camino se tornó movible, temblorosa la rigidez de los postes del alambrado...

Primero fue una nube que oscureció el sol como un velo transparente, corrido a gran altura. Marchaba de norte a sur a gran velocidad, arrastrada por el viento. La manga pasaba sobre Saucedo, indiferente, despreciando la precaria plantación de maíz. Pero de pronto el viento de las alturas dejó de soplar. Eran las doce del día. Desfallecien-

tes, derrotadas, las langostas comenzaron a caer como gotas de lluvia; primero una, luego dos, después tres, cuatro, multiplicándose al instante hasta semejar un negro granizo... Caían con gran lentitud, aleteando, en un visible esfuerzo por restablecer el vuelo. Arriba la manga seguía pasando más lentamente y cada vez menos densa. Negros cuervos, en lo alto, manchaban la nube. En giros vertiginosos y ágiles zigzag, hacían sus festines de langostas en las alturas. Cruzábanse unos con otros devorándolas y haciendo cada vez más bajos y lentos sus vuelos. A medida que sus buches se iban llenando, los cuervos emprendían un descenso forzado. Gordos, pesados, con las alas tiesas, fueron descendiendo poco a poco, pero siempre devorando. Bajaron al arroyo, al borde del cual, pesadamente, aleteaban su apetito insatisfecho. Alivianados algunos, emprendían un nuevo vuelo hacia la nube, un viaje.

Entre aquélla y la tierra, en sentido contrario, otra nube menos densa se fue formando ante los trágicos ojos del chacarero y las miradas indiferentes del hombre del boliche.

Los insectos se iban multiplicando. Las gallinas disputábanse las langostas embuchándolas. Aleteaban dando saltitos a fin de atraparlas, antes de que tocasen el suelo. Luego daban con sus picos en tierra para deshacerlas y separarles las alas. Mareadas por el vértigo del vuelo, las langostas caían chocando en los techos de los ranchos, llevándose por delante los hilos del alambrado y adornando el camino con el brillo de sus alitas.

La nube mayor, con grandes claros seguía su curso por el cielo...

Del rancho del chacarero partió un ruido de latas y vióse por los aires un par de banderas de color.

Mientras la criadora de gallinas calculaba la

cantidad de maíz que se ahorraría, el chacarero recorría con ojos trágicos el sembrado.

Decía la vieja criadora a su compañero:

—¡Mirá cómo comen, van a engordar en cuatro días...

—¡Les gusta, les gusta! —respondía el viejo—. Van a dar güevos con yemas coloraditas...

El chacarero había preparado su defensa. En baldes de querosén encerró pedregullo y, luego de preparados, puso en manos de los pequeños los instrumentos de ruido. Uno tras otro, los tres hijos salieron sacudiendo las latas en dirección a la chacra. La mujer del chacarero y su hermana, portaban banderas hechas con manteles y polleras enastadas en palos ásperos y torcidos.

La comparsa llenaba la tarde de ruidos infernales para espantar las langostas. Recorrían los caminos del maizal, haciendo volar las salteadoras que partían de su sitio para posarse en otro, chocando en la cara y el cuerpo de los labradores. En el aire, los pájaros atrapaban langostas con sus picos e iban a posarse en la punta de los postes del alambrado, donde terminaban por despedazarlas. El ruido siguió llenando la tarde. La mujer del chacarero lagrimeaba —presa de extraña congoja y fatiga—, cubierta su cabeza por un pañuelo rojo. Los brazos desfallecientes sostenían en alto la bandera, dejándola caer suavemente sobre el sembrado, muda, desencajado el rostro, las alpargatas cubiertas de tierra. El ruido de las latas traspasaba sus oídos.

Comedidos vecinos acudieron a prestar ayuda. Con amplias banderas recorrieron los estrechos caminos de la pequeña chacra hasta el anochecer.

Aquel día el sol se fue envuelto en una nube de langostas.

En la noche, sólo se escuchaba en el rancho del chacarero, el ruidito menudo y terrible de las langostas devorando el maizal...

Ahora Saucedo está cubierto de una capa parduzca. Los hombres andan entre un vuelo violento de langostas, agitando los brazos. El maizal no tiene hojas, es una sucesión de esqueletos verdosos. Tres banderas flamean en la chacra todavía. Los naranjos y paraísos, sin hojas; doblados el ombú, la higuera y el algarrobo...

Cruza el sulky con su caballo barroso entre una nube de langostas. Las puertas del boliche están ribeteadas de insectos. Arriba, las nubes; abajo, las langostas, el polvo... Saucedo solitario, miserable, yermo...

QUEMACAMPOS

Aquel hombre, sobre cuyas espaldas el poncho caía con una gravedad de capa guerrera de caudillo, odiaba los campos empastados. Bajo el ala rígida de su sombrero —que conservaba siempre la forma que le diera el vendedor del boliche— dormían unos ojos grandes, tranquilos y entrecerrados. Solamente abríanse y se iluminaban al blasfemar contra los dueños de tupidos chircales, o campos empastados hasta el yuyerío. Y, acompañando la blasfemia que ardía en sus labios amoratados y carnosos, encendía fósforo tras fósforo, e iba arrojándolos al azar. No detenía su caballo para encenderlos; ni siquiera tornaba la cabeza para mirar dónde caían.

—¡Criadero de pestes!... —iba diciendo, y seguía al trote, arrojando cerillas encendidas durante el trayecto, hasta que levantaba sus manos con las riendas, a la altura de los labios, para dar fuego al pucho apagado.

Odiaba la chirca, los pastizales, el yuyal, y era partidario —tales sus palabras— de las quemazones que limpiaban los campos de garrapatas y hacen brotar pasto fino y alimenticio.

Reía con los ojos, cuyas cejas hirsutas, se alzaban a cada instante, en la inmovilidad de todo su cuerpo, estatuario, recio, de una sorprendente firmeza. Desde su sombrero impersonal, de una pulcritud de escaparate —como si estuviese aún con la etiqueta del precio— hasta sus botas altas y arrolladas, toda su indumentaria contrastaba con los arrestos imprevistos de dominador, cálidos en su palabra segura. Infundía respeto entre las gentes. Y

así se explica que ignorase el apodo de "quemacampos", por el cual era vastamente conocido, pero jamás llamado.

Contaba en su haber con una treintena de incendios, los que fueron hábilmente sofocados por él, con sus infalibles contrafuegos. Estos, en sus tierras o en las de sus linderos. Pero llegaron a más de un ciento los provocados por su mano, si se recuerdan las jiras emprendidas por otros departamentos, en cuyas rutas, al tropezar con pastizales, iba arrojando en pleno verano, fósforos encendidos... Sus ideas de progreso giraban alrededor del saneamiento por medio de quemazones.

Una vez fue hasta el Brasil, en donde trabajan los hermanos suyos, al frente de la "fazenda" de los mayores. En aquellas tierras sus abuelos habían hecho fortuna y allí descansaban —en un reducido panteón entre los árboles del monte— los restos de sus bisabuelos.

Los campos, empastados, con chircales compactos, provocaron un oculto malestar en el ánimo de Quemacampos. Una tarde de verano, tentóse y llegó hasta el potrero de las chircas. Se apeó de su caballo y fue haciendo fogatas con ramas secas. Cuatro fuegos bien distribuídos bastaron para encender la pradera. Hubo que retirar los ganados. Al anochecer, el campo ardía y las llamas se alargaban con el viento, hasta la selva, encendiéndola. Los tres hermanos, desde las casas, contemplaban la enorme fogata nocturna. Uno de ellos observó:

—Yo no me animaba a hacerlo, por el panteón de Tata... —El otro dijo que todos los días estaba por encender el chircal. Quemacampos, tranquilo, satisfecho, levantando las tupidas cejas, sentenció:

—Era una porquería, había que quemar esa basura... Tata tendrá calorcito por un rato —terminó riendo...

El fuego arrasaba los árboles del monte. A medida que las llamas iban avanzando, se podía apreciar el efecto de sus proyecciones en el arroyo. Al caer de las ramas en el agua, tumbadas por el fuego, se alzaban pintorescas columnas de humo. El cielo había cambiado de color. Por momentos adquiría el tinte anaranjado del amanecer. De vez en vez, se divisaban claramente los troncos firmes, las ramas, traspasados por la llamarada. Y, como si alguien soplase de abajo a arriba, miles de chispas subían... Luego, los ojos, cansados del espectáculo, veían cosas turbias o borrosas. La tranquila superficie de las aguas, daba un reflejo que ponía pensativos a los tres hermanos. De pronto, uno de ellos, descubrió como un montón de escombros, un bulto entre el ramaje. ¿Será el panteón?, preguntó. Estuvieron contestes en que lo era. Y los tres se dieron a recordar los días de la infancia, pasados al borde del arroyo, alrededor del panteón.

Quemacampos retrocedió más aún en sus recuerdos; y pausadamente, mientras se le alargaban las miradas hasta el arroyo, habló:

—¿Se acuerdan de Tata, en el sillón? Se fue quedando sequito, poquito a poco... Papá estaba cansado de verlo, ¿se acuerdan? Yo, para descubrir si vivía, le miraba los ojos y apenas pestañeaban...

Hizo una pausa y uno de los hermanos recordó la noche que al bisabuelo se le ocurrió pasarla en el sillón sentado. Al día siguiente había ido corriendo a verle... y pestañeaba. Después, se recordó los juegos que hacían a su alrededor. Rondas, manchas, farándulas... y, el viejo siempre inmóvil, secándose lentamente, acostumbrándoles a que le vieran morir.

Más tarde, Quemacampos volvió a tomar la palabra, siguiendo el hilo de sus recuerdos:

—Ustedes no se animaban a bailar con el viejo al principio... después...

Y recordó con visible regocijo, mientras el incendio seguía avivándose, cómo danzaban con el esqueleto articulado del viejo. En las correrías que hacían al arroyo, solían jugar con el Tata. Lo sacaban del cajón, lo ponían contra un promontorio y saltaban a su alrededor. Pasaron muchos años y los restos se conservaron siempre iguales, como en vida. De la existencia al deceso, el cuerpo de aquel viejo no había sufrido más que una variante: los párpados se inmovilizaron. Pero todo él, era el mismo. Después de muerto, seguían jugando con el Tata, como durante su existencia... Se habían acostumbrado a verlo en actitud de muerto. El anciano vivió 104 años...

Los tres hermanos siguieron contemplando el incendio del chircal. En algunos trechos, sólo se divisaban brasas de un rojo y negro cambiante; en otros, el fuego daba chisporrotazos o repentinas llamaradas que duraban un instante. Como revestido por una movible capa de brasas el suelo temblaba. Lejos, se oía un balido múltiple de ganado fuera de querencia.

Quemacampos, satisfecho, se fue a dormir, con la conciencia tranquila...

Una mirada larga, como alcanzando lejanías. Dos manoplas rugosas, ásperas, sin vellosidades. Piernas combadas. A sus pies, tendida boca abajo, una criatura en bombachas sucias, con la cabeza llena de bichos colorados. Una segunda, en abstraída contemplación, le mira fumar. A pocos pasos, su mujer sonríe satisfecha de la orden que acaba de dar su marido. El hijo mayor la cumple, porque un mandato de su padre es cosa sagrada, palabra santa. El muchacho lucha en el corral, con una oveja lanuda y fuerte. Debe acollararla al guacho, una magnífica bestia criada en "las casas", robusta, capaz de derribar de una topada a cualquiera de los peones. El muchacho —cabeza rubia, al aire; en alpargatas, remangado— forcejea para collar el chúcaro animal al dócil guacho.

La estancia del patrón se divisa sobre la loma, con su arboleda profusa. Están lejos los dueños y se puede "trabajar" a gusto en el puesto del capataz. Se trata de juntar una oveja arisca de la majada a otra mansa, que no se aleja de "las casas". Como el guacho es más fuerte, domina, y acabará por acostumbrar al animalito chúcaro a quedarse en el "puesto".

El patrón les ha dicho que los guachos que críen son para ellos. Un "rebusque" que les proporciona el estanciero. Pero el beneficiado duplica su hacienda. Un guacho fuerte —lo sabe muy bien— hace otro y otro...

El capataz, fumando, serio, clavado en el suelo, parece mirar distraídamente el horizonte. Entrecierra los ojos de vez en cuando, porque el humo del cigarrillo le molesta. Está satisfecho, después de haber dado la orden, al comprobar su cumplimiento.

No siempre es fácil la realización de tan delicada faena. Un peón que merodée el puesto, puede costarle caro...

En el corral acaba de transformarse en guacho un animalito arisco. Ahora, a topadas, a tirones, a fuerza de sacudidas, el manso animal guardará en los alrededores del puesto al compañero chúcaro. Un guacho más para la hacienda del capataz. La mujer sonríe contenta. Acaricia con sus ojos de sumisa bestezuela, a su hombre, prodigio de ingenio y modelo de padre. Luego, arrastrando su pollera —sucia falda remendada— y levantándose una mecha de su cabello lacio, se aleja para la cocina. La criatura en bombachas lleva piedritas a la boca con una mano, y con la otra ráscase la cabeza.

En la loma, circundada de árboles, se alza la estancia grande, donde moran los patrones...

Era un hombre tan práctico y aprovechado, don Carlos, que consiguió sin violentarse, modificar su apellido. Había heredado el de Juan Carlos Casablanca, y en mitad de su vida ya se hacía llamar Don Blancas. Correspondencia y cuentas, llegaban con ese nombre.

Sus campos eran de piedra; grandes cerrilladas de pasto fuerte, utilizables para la cría de ovejas. La estancia, ubicada en un cerro, cuando de ella se hizo cargo Don Blancas, estaba rodeada de "piedras bochas", redondas, alargadas, todas ellas fáciles de transportar. En poco tiempo el hombre limpió los contornos de la casa, formando con las piedras un corral, y con el sobrante un montón que se divisaba a larga distancia. Como no había bautizado la casa, los viandantes cuando a ella se dirigían, iban "al montón de piedras". Y la estancia, desde entonces —todavía conserva su nombre— se llamó "Las piedras".

Quedaban, no obstante, fuera del camino y alrededor del corral, algunas piedras enterradas, cuyas puntas la acción de las aguas iba desnudando invierno tras invierno. Don Blancas las veía aparecer poco a poco y aquello le tenía sin cuidado, pues pensaba que el trabajo de recogerlas y transportarlas, había hecho escuela entre la peonada. Pero no era así. Nadie las recogía ni las arrancaba del camino, por mucho que en ellas tropezasen.

Después de un lluvioso invierno, en el sendero que conducía de las casas al tambo, habíanse desnudado las puntas de tres o cuatro piedras, dificultando el paso y transformándose en obstáculos peligrosos. Pero nadie las quitaba del camino. Una tarde Don Blancas, acariciando su barba canosa, con

su cachaza mayúscula, fuese hasta el galpón, seguido de sus cuzcos. Allí llamó a los peones: el casero, dos esquiladores que se preparaban para la faena anual, un peón de campo y el aguatero... Les pidió que le acompañaran y los llevó hasta la piedra mayor que sobresalía en el camino. Cuando estuvo encima de ella, ordenó al aguatero, un adolescente mulato, que levantase la piedra. El muchacho agachóse, levantó la piedra y se sorprendió al hallar bajo de ella una hoja de papel y encima una áurea libra esterlina...

Agachóse el viejo y, recogiéndola:

—Era para el que la quitase del camino y aumentara el montón... —dijo gravemente Don Blancas.

Seguido de los perros, el hombre regresó, haciendo saltar sobre la palma de su diestra la libra esterlina.

Alrededor del hueco que dejara la piedra, se congregó un murmullo de voces...

Nadie en la estancia se permitía la licencia de reir a carcajadas como "La chueca". A ella le estaba permitido arrojar cáscaras de naranja a los peones; chacotear con ellos; hacer jarana y bulla en la cocina; ir a la quinta y comer fruta "hasta quedarse petiza" de tanto engullir... Todo se le perdonaba a "La chueca" y por tan poca cosa, que parecía imposible. La primera, ser patizamba; la segunda, tener en la punta de la nariz un lunar curiosísimo, una mancha como un tizne de corcho quemado... Las hijas del patrón eran su más preciada conquista. Ella las hacía reir a todas, y hasta el hermano médico, cuya gravedad paseaba todas las tardes, bajo los paraísos en flor.

Salir con "La chueca"; andar a caballo; pedirle que contase historias; fotografiarla de mil maneras, era el pasatiempo de las dueñas. "La chueca" oficiaba de mascota en la estancia, era un alegre muñeco que no terminaba de reir... La disfrazaban, le enseñaban palabras en idiomas distintos y era dócil y fácil a todas las ocurrencias.

En ausencia de la familia, "La chueca" sabía conservar su puesto, mostrándose de idéntica manera. Y así, gozaba de las mismas prerrogativas entre sus iguales, los asalariados y sirvientes.

En la época de las esquilas, los patrones se hallaban en la ciudad.

A las horas del descanso, en los galpones, sólo se oían las pullas de "La chueca", acompañadas de risas y chacotas que eran el desahogo de los fatigados. "La chueca" vendía pasteles, tortas fritas, pregonando su mercancía a voz en cuello. Y entre los grupos

formados alrededor del fogón, ella pasaba "abriéndose cancha", ocurrencia tras ocurrencia, llamada a gritos:

—¡Che, tizne, nariz sucia! ¡Chueca fea! ¡Trapo! ¡Cambueta!

Calzando alpargatas "bigotudas", enseñaba sus torcidas pantorrillas al aire. Al pasar entre los hombres, "La chueca" sintió de pronto que la punta de un cuchillo se hundía en la carne del pie. Bajó de inmediato los ojos, como si la sensación del tajo le hubiese hecho pensar en la mordedura de una víbora. De su pie surgía un hilo de sangre que se elevaba hasta una cuarta de la herida. Aquel surtidor imprevisto, causó tal sorpresa en el ánimo de la criatura, que sosteniéndose con una sola pierna, comenzó a dar saltos, alzando el pie herido y vociferando:

—¡Carnaval, carnaval! ¡Miren qué chorrito lindo! ¡Carnaval!

Y trataba de alcanzar a los peones, con su imprevisto surtidor.

De la arteria herida manaba sangre con brío. En cada movimiento brusco, "La chueca" conseguía prolongar el chorro de sangre, presionando sus carnes.

Desbandó a los esquiladores, salpicándolos, y rió, rió persiguiendo a unos y a otros, con risa loca, a carcajadas frenéticas, mientras decía:

—¡Carnaval! ¡Carnaval! ¡Carnaval!

Saltó en un pie, con los brazos en alto, con su pequeño surtidor de sangre; lo arrojaba más lejos aún, lanzando puntapiés, gritando, entre la algarabía de los peones.

—¡Loquita! ¡Bárbara! ¡Qué mujer! —exclamaban unos, procurando calmarla. Y los más, gozaban bárbaramente del espectáculo, pegando empellones a "La chueca"; echándosela uno encima de otro; cuerpeando el chorro de sangre, vociferando en ple-

no carnaval. Pero de pronto, la muchacha empalideció y tumbándose para atrás, cayó pesadamente, redonda, al suelo. Las piernas torcidas entre las raíces de un árbol corpulento; la nuca en tierra; las trenzas entre los residuos de las tortas y las cáscaras de fruta; los brazos temblorosos; la boca exangüe...

Algunos reían todavía, sacudiéndose las bombachas salpicadas de sangre...

El manquito Florentino venía de la cantera con la carretilla de pértigo, montando el petizo bayo. Caía la tarde de un bochornoso día de marzo. La carretilla, cargada de adoquines, chirriando, daba tumbos en "las cuevas de toro". El muchacho no se preocupaba de llevar las ruedas del vehículo por el trillo. Complacíase en abrir huellas en los pardos hormigueros, que alzaban su "lomo" por arriba del mío-mío. A su paso cachaciento, iba levantando los dormilones escondidos entre el bosterío. Los pájaros perezosos se despegaban de la tierra para luego comenzar sus vuelos tartamudos.

Era la última carrada que conducía. Los picapedreros de la cantera —cercana al tajamar de las nutrias, apresurados por ensayar una cacería de estos animalitos, que al atardecer salen "campo afuera"— habíanle dejado una porción de adoquines para cargar. Florentino llevó a cabo la tarea, con su única mano. Por esto, regresaba deshecho de cansancio.

Le venían ganas, por momentos, de conversar con el petizo bayo; de decirle alguna cosa íntima. Cabizbajo, apenas taloneaba su cabalgadura, alzando de vez en vez —para variar— su pesado rebenque, el cual dejaba caer sobre la sonora carona. Remangados hasta la rodilla sus pantalones; la camiseta de lana grasienta, con agujeros circulares como monedas; el muñón de su brazo roto; la manopla sana, sosteniendo las riendas y el rebenque, con los ojos entreabiertos, parecía —en una vaga y caída mirada— ir derramando su fatiga sobre el campo...

El petizo, también se quejaba. Cortaba el aliento a cada paso, quejumbroso. El peso de los adoquines hacíale estirar el cuerpo en un esfuerzo brutal, al

punto de debilitar la recia contextura del pescuezo. A pocos centímetros de su baboso morro negro, volaban los dormilones...

En mitad del camino, el manquito detuvo la carretilla. El pértigo, como una lanza mocha, pasó rozando su pierna izquierda. A pocos pasos estaba la yegua malacara, marca cruz, con un nervioso potrillo a las patas. Lo lamía y olfateaba. La cría daba ridículos saltitos nerviosos.

Cuando Florentino castigó al bayo para continuar el camino y llevarle al patrón la noticia de aquel alumbramiento, descubrió que el potrillo tenía tres patas. ¿Cómo podría ser aquello? Agitó las riendas con su mano, castigando al bayo en la paleta, taloneándolo nervioso, hasta colocarse unos seis metros largos de la pareja. La yegua agitó su cola rabona, clavando sus ojos en el bulto que se había detenido. Las crines parecían erizadas; las orejas atentas; el oscuro morro adelantándose con su olfato; las patas temblorosas; el pelo colorado, surcado de temblores. De cuando en cuando, la madre movía las orejas como si aguardase algún relincho lejano.

Florentino se puso a observar el potrillo. Le pareció, en un momento, que la pata, la cual a él le parecía que le faltaba, podría estar pegada a la otra. Pero, en un salto que dio la cría, el manquito comprobó el caso. Se trataba de un potrillo con tres patas...

El petizo bayo estiró tantas veces su morro, que consiguió aflojar las riendas hasta alcanzar una mata de pasto.

—¡Pobre bichito! —dijo, con voz apagada, Florentino—. ¡Mire cómo Dios puede hacer animalitos distintos! —prosiguió, en el mismo tono—. ¡Y lindito, con esa mancha en el cuarto, en lugar de la pata!... ¡Qué cosa del diablo! ¡Y estos traen dis-

gracia, asigún lo dicen por ahí... Mire que largarlo con una de menos. Lo que va a decir el patrón... Lo mata, siguramente, porque no servirá para nada... ¡Qué disgra...! —y cortó la palabra, porque el petizo bayo, cansado de buscar una yerba mayor, en el círculo que había rapado sin moverse, pegó un tirón para avanzar, haciendo rechinar una de las ruedas de la carretilla.

Mientras andaba en dirección a la estancia, iba pensando en la cercana muerte del potrillo de tres patas. Porque, seguramente, el potrillo debía morir. Traería desgracia al establecimiento, su vida en el campo. Pensó en dar la noticia, pero prefirió callarla. No le iban a creer, y si le creían, esa misma noche, el capataz era capaz de mandarlo matar...

Al día siguiente trajeron al corral a la malacara "marca cruz" y su potrillo. El patrón, cuando reconoció el animalito defectuoso, mostróse sorprendido y hasta contento.

—¡Qué curioso! —decía—. ¡Y camina lo más bien! Es una linda mascota...

Nadie se atrevía a opinar. El capataz y los peones, silenciosos, miraban para otro lado, comprendiendo el entusiasmo del patrón. Ya habían perdido la esperanza de escuchar la orden de matarlo. Si fuese el patrón de "La bolsa" un "criollo de verdad" —pensaba el capataz— ordenaría:

—Agarrá ese bozal y encajale un mangazo al animalito ese... pa no hacerlo penar...

Pero este patrón era muy pueblero, y ordenó a los ocho meses que lo llevasen con la madre, de tiro, al pueblo. Florentino, casi todas las tardes, a la entrada del sol, conversaba con el potrillo de tres patas. Unas veces en el campo —cuando no lo traían

a "las casas" para que lo viese alguna visita— y otras, en la chacra, donde le daba avena fresca, diciéndole:

—¡Pobre bichito, pobre bichito, sin patita, renguito lindo, pobrecito!

Y el día antes de emprender el viaje para el pueblo, Florentino cambió las palabras rituales:

—Te yevan, bichito, pal pueblo... ¡Pobrecito, te yevan a la siudá, con tres patitas!...

Por la mañana, arriaron para el pueblo una tropilla de yeguas. Entre ellas, iba la malacara marca cruz con su potrillo. Florentino oyó que el patrón explicaba a su hijo:

—Lo mando para que le coloquen la pata que le falta...

El manquito sonrió, ante la cara que puso el patrón. Miró con ojos nostálgicos una vez más la manada, trotando por el camino. En último término, un poco rezagado, iba el potrillo de tres patas.

El patrón bromeó con su hijo, haciéndole creer que le haría colocar la pata que le faltaba. Luego, besándolo, lo tomó en brazos y se alejó con él.

La peonada —una docena de hombres— partió al campo. A pocos metros del grupo, el manquito Florentino, sin pensar en su manquera, iba poco a poco integrándose a la peonada...

Había que apurarse por temor a la lluvia, asomada torvamente en un nubarrón pardo que se dibujaba en el este. Los caballos del coche, con las cabezas caídas, las anteojeras flojas y el aburrido morro entreabierto por el freno ajustado, aguardaban la orden de marcha. El "breke", con las cortinas bajas, listo para soportar cualquier chaparrón. Canastos por el suelo; valijas llenando el pescante; dos cajones con huevos; un manojo de yuyos medicinales; un atado de ropa, bolsas con carne, todo esto aun estaba para cargar. Un hombre bombachudo, silencioso y alto, hacía guardia ante los caballos, plantado en el suelo como un palenque. Otro hombre, de un lado para otro, se movía inquieto, atando con recias piolas catalanas los canastos, ordenando los bultos convenientemente para cargarlos luego. Agachado, otras veces, con un alambre blanco y fino ataba uno y otro cajoncito, para sostener mejor la tapa. Gritó repentinamente:

—¡No hay nada más!

Las orejas de un tordillo arisco del coche, se pusieron erguidas. Nadie contestó. El hombre, ayudado por el que hacía guardia delante de los animales, comenzó a ordenar los bultos en el coche. Había que hacer espacio para todo: pasajeros y bultos. Y había que hacerlo pronto, pues si caían unas gotas, el Paso se llenaba de agua enseguida y no lo pasarían muy fácilmente. Era el más traicionero de los pasos...

—¡Todavía vamos a salir con lluvia!... —rezongaba el hombre. Volvió a gritar:

—¡No falta nada!...

Nadie contestó desde la casa, distante de la cochera unos treinta metros. Iracundo, el hombre le-

vantó los ojos y vio a uno de sus hijos que entre el yuyal crecido andaba, al parecer, buscando algo.

—¡Andá, preguntá adentro si no hay más nada para cargar!

El chico continuó su búsqueda, como si no lo oyese. El padre insistió:

—¡Te hablo a vos, bobalicón, Juanucho!

El chico dio como un último vistazo al yuyal y salió corriendo en dirección a la casa. El padre y el peón habían terminado de acomodar los bultos. Cada pasajero tenía su asiento listo, donde poner los pies. Estaba determinado cuál cajoncito debía cuidar cada uno.

—¡No hay nada más, tata! —gritó Juanucho, corriendo en dirección al yuyal, donde él había dejado un ave de bañado atada de una pata a una estaquita, a fin de poder hallarla un momento antes de la partida y llevársela a la ciudad. Pero entre el yuyal no hallaba ni la estaquita, ni el bicharraco, ni el piolín con que la atara. Si se hubiese escapado, estaría la estaca por lo menos. Pero, no aparecía nada. Indignado contra su mala suerte y ante la urgencia de marchar, buscaba y rebuscaba con denodado ahinco. Y el pájaro no aparecía.

Se oyó la voz de su madre:

—¡Ah! ¡Falta esta caja, todavía!

—Empezamos... respondió el marido—. A ver, tráiganla aquí... ¡Siempre la misma historia!

Se la llevaron.

—¡Ah!, y los frascos de miel ¿los pusiste?

—Pero ¿todavía estamos en esas? ¡Es cuestión de no terminarla!

—Yo los dejé en la despensa —dijo la mujer.

—Bueno, que los envuelvan en unos diarios y los traigan con cuidado. ¡Pero rápido, que se nos viene el agua encima!...

Al oir las palabras del padre, el chico gatea entre el yuyal, hurga en los pozos, aparta las matas, para dar con su "pájaro de bañado". Pero no da con él. Hace correr el pie, a fin de ver si choca con la estaca, pero nada, nada...

—Bueno, ¿no hay más para cargar? ¡Apúrense, de una vez, que se viene el agua!

Hay corridas de un lado para otro. Una sirvienta, con un envoltorio. Un chico con un abrigo. Otro con una manta de viaje.

Los caballos, alborotados, alzan las cabezas, agitan el rabo, sacuden los cascos en la arenisca del suelo.

—¡Vamos, vamos! —vuelve a ordenar el hombre.

A Juanucho, con la sola perspectiva de regresar sin su pintoresco pajarraco de bañado, sin su zancudo tan hermoso para él, le vienen unas ganas terribles de llorar. Nadie le ayuda a buscar su animalejo, nadie se acerca a secundar su labor de recuperar el pájaro tan preciado. Se aleja del lugar donde cree que ha clavado la estaca, por si un error suyo es el que trastorna sus planes. Al alejarse, levanta la cabeza y calcula. No, no puede ser. El clavó la estaca a tres pasos de la esquina del alambrado, en dirección al monte. Vuelve al lugar de sus cálculos. Allí no encuentra ni siquiera la estaca. Mira el cielo y comprende que va a llover. Para un pájaro de bañado, es el colmo de la felicidad.

—¿Estamos listos? ¿No se olvidan de nada?

—¿Tu ponchillo está ahí?

—No, señora —tercia la sirvienta—; está sobre una silla del patio.

—¡Búscalo, mujer!

—¡Todavía! —exclama fuera de sí el hombre.

El eco de las palabras llega a oídos de Juanucho. ¡Si se olvidasen de algo más! El pájaro no

aparece. Es angustiosa su situación. Y él, que bía escrito a un compañero contándole la felic. de poseer un ave tan rara y excepcionalmente b. lla. ¿Por qué no viene nadie a ayudarle? Ah, pero si ahí viene uno de los peones del campo. Quizá él haya visto su pajarraco. El peón se acerca e inquiere:

—¿Ha perdido algo, niño?

Juanucho explica, interroga, responde, todo embarullado, teniendo presente la lluvia que se avecina, el padre que está apurado, la partida inmediata.

—¡Ah, ah! —exclama el peón—. Busca un bichito.

—Sí, sí, por aquí lo dejé, hace un rato, para que comiese algo...

—¿Era un pajarito con pechito amariyo?

—Sí.

—¿Con un pico coloraito y largo?

—¡Sí, sí!

—¿Con unas patitas verdes, finitas?

—¡Sí, así como decís, así mismo!... —exclama fuera de sí la criatura.

—¿Con alitas negras y colita barrosa?

—¡Sí, sí, hombre, sí!

—Un bichito de bañau, ¿no?

—¡Sííí!

—¿Que usted lo trujo ayer pa las casas?

—¡Sí, sí... el mismo!

—No lo vide, niño, no lo vide.

Juanucho se alzó como una víbora recién pisada. La cara chata, fea, del peón, inmóvil, sin pestañear, le dio tal rabia que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Juanucho! —gritó el padre.

El chico corrió hacia el "breke" y trepóse en él sin oír las preguntas de su madre.

El coche se alejó, huyendo de la nube parda que crecía amenazante. El peón se perdió en la arboleda. Desde lejos, la estancia era tan sólo un montón de árboles sobre el cual giraba la rueda gris del molino, como si fuese arrollando una invisible cinta de acero, en cuyo extremo estuviese atado el nubarrón que se acercaba...

Cuando pasan las carretas de bueyes, siempre dejan, en la zanja de las lavanderas, algún perrito flaco que bebe con una sed de diez leguas sin arroyos. Me ladran cuando han bebido y terminan por pisotear la ropa tendida sobre los yuyos. Entonces, de la orilla de la zanja, se levanta una piedra o un pelotón de barro, en la mano enjabonada de alguna de las lavanderas. Si estoy cerca, la piedra destinada a los perros, alcanza mis carcomidos vasos o se deshace en mis cuartos —cuando no en el hocico— el pelotón de barro endurecido...

Soy el "tordillo del callejón"... Para llegar a este nombre tuve que ser, en lejanos tiempos, "el potrillo de la tordilla"; luego, me enseñaron a tirar y fui el "tordillo del carro", y después, rendido, deshecho, el "sotreta del barril", porque a duras penas lo arrastraba, vacío hasta el manantial, lleno de agua hacia los ranchos. Por último, ahora, soy el "tordillo del callejón". Con este nombre, seguí un tiempo, las carretas de bueyes, de comedido. Pero una vidriosa mañana de escarcha se me endureció una pata y quedé para siempre por estos lugares.

—¡Sí habrán cruzado carretas por mi lado! A veces me llevan por delante, con el pértigo o las ruedas. Es cuando la pata seca se me atranca en alguna piedra. Otras veces pasan zumbando por mis flancos, vehículos cuya forma apenas alcanzo a distinguir. No sé cómo marchan, pero lo hacen velozmente.

Días enteros, los paso junto al alambrado, quietecito. No cruza nadie. Las hormigas aprovechan mi inmovilidad para recorrer mi cuerpo, en caravana

por las patas y diseminadas sobre mi lomo. Por allí, corren los tordos y bosteros. En mi lomo es donde se aman, cantan, toman sol o riñen. Con sus picos, escarban, para alivianarme la sarna que me roe. Yo los dejo estar. Pero si me molestan demasiado, sacudo el cuerpo o hago temblar el pellejo. Entonces pegan un salto y se paran en los alambres a afilar el pico.

Días hay en que la sed, apretada en mi boca, me domina como un freno, llevándome, con la pata de arrastro, hasta la zanja. Allí aparto la espuma de jabón que recubre el agua y veo las nubes blancas, turbias; el cielo azul, gris, reflejados en la superficie. Soplo un momento para apartar la espuma; pero, apenas sorbo, veo venir hacia mi boca la tela que cubre el agua. Levanto la cabeza. Algo de lo sorbido se me escurre de la boca y vuelvo a quedarme una, dos, tres, muchas horas allí clavado, dejando caer gotitas de mi morro, mientras la superficie del agua se pone totalmente opaca. Me veo entonces turbio, gris. Si al día siguiente me encuentran allí las lavanderas, me empujan, como a un barril vacío. Muevo tres patas, giro, alargo mi pescuezo, sacudo la cola y voy dejando sobre la tierra una huella larga que señala mi paso.

Para dormir, mi pata seca es un apoyo. Debo atender a sólo tres de mis miembros. Sólo tres patas se me cansan...

Ayer han traído una manada al campo vecino. Abrieron la tranquera del callejón y la tropilla galopó en un alarde de reconocimiento. Por la noche, las yeguas recorrían el potrero, costeaban los alambrados. La querencia lejana, en el aire, les enviaba el olor de un agua que corre entre árboles. La zanja donde podían beber olía a lo mismo que el pozo de las lavanderas. Yo las veía costear el alambrado, olfatear el aire, llegar hasta la tranquera y for-

cejear en los postes. Cuando me descubrieron, eran muchos hocicos por encima del alambrado. El "pastor" las llamaba, con un relincho blando de deseo. Atravesado en el callejón, yo vi venir, a lo lejos, una luz. Subía, bajaba, avanzando rápidamente. Cuando la luz dio ruido, fue al llegar al zanjón de las lavanderas.

La manada corrió hacia la luz. Yo, inmóvil, les vi alejarse. El ruido era mayor que la luz, en aquel momento. Espantadas, mis hermanas, hundieron sus cascos en el suelo y levantaron un ruido más sobre la tierra. Huían...

De pronto, el suelo se estremeció. Yo estaba en el medio del camino. Los ruidos se hicieron mayores; mayor la luz que me tocó en el cuerpo... Y cuando la manada de yeguas parecía perderse para siempre en el campo, caí envuelto en hierros y huí arrastrado sin piedad.

Nunca he visto más cosas a mi alrededor: hombres, hierros, alambres, maderas, vidrios, ruedas y otra vez la manada, del otro lado del callejón, curiosa, olfateando el aire.

Segundo amanecer. Dos días han pasado. Con las cuatro patas rígidas, duras, inservibles, veo aparecer el sol, más rojo que nunca. Tengo el cuerpo enrojecido por mi sangre. A pocos pasos, con las cuatro ruedas mirando al cielo, está un automóvil. Ahora puedo distinguirlo bien, a la luz aumentada del sol. He aprendido el nombre del vehículo, porque los hijos de las lavanderas lo rodean diciendo a cada instante su nombre. A mí también me miran. Me han mirado mucho en estas horas últimas. Ya van dos días. Temo que si no sacan hoy el automóvil, yo les impediré trabajar a gusto el día que

lo hagan. He visto, parados en los postes, a tres chimangos... Comienzo a hincharme. Los pájaros se acercan. Ya más de uno, aventuró un vuelo cercano a mis ojos. La tierra ha comenzado a ponerse tibia. Y ahora veo en el cielo, allá arriba, el círculo de hambre que un cuervo ha comenzado a trazar. Mi presencia en el callejón se hace notar como nunca...

BOCACALLES

EPISODIO DEL AMOR JUVENIL

I

En uno de esos días, en que las calles de Buenos Aires dejan correr las mañanas sin ofrecerles obstáculos; en que las vidrieras no atraen a nadie, y si alguien se detiene frente a un escaparate es para censurar el mal gusto del propietario de la tienda; en uno de esos días, cuando las calles arboladas nos parecen caminos que conducen al campo; en que la Avenida Las Heras brinda la frescura de Palermo y el que anda en ella pregusta el aire balsámico de un viaje barato en coche de plaza, por sendas rodeadas de fronda; en uno de esos días el flamante bachiller nacional Manuel Almagro, quiso, con todo su corazón —recién abierto a la dialéctica del amor y a uno que otro precepto literario— quiso ardientemente a Perla Condini, rubia, de pequeños ojos vivaces, azuladas ojeras, breve boca con "rouge", delgada, fina, esbelta, nacida para una movilidad extrema, toda en agilidad y nervios.

Por la Avenida Las Heras, con un libro en la mano, paseábase, aguardando a Perla, el recién recibido bachiller. No podía acercarse a menos de una cuadra de la casa de departamentos donde moraba su enamorada. Le estaba vedado cruzar por su puerta.

Eran ya las doce. Perla había prometido un hábil simulacro de almuerzo. Y, mientras Almagro se dejaba envolver por la mañana, hecha ya un dominante medio día, curioseaba los tranvías completos, observando el regresar apresurado de burócratas sin aperitivos. Hojeaba el libro de vez en cuando,

y al leer algunas líneas —el volumen era de versos: *Laberinto*, de Juan Ramón Jiménez— saboreaba aquella que canta:

"En camisa pareces un jazmín".

La intimidad del verso le hizo pensar en Perla, pero en Perla frente a la dispuesta mesa del almuerzo, pues en ella, persona y amor, pensaba constantemente.

Imaginó el simulacro de almuerzo que a esa hora realizaba la muchacha. Farsa doméstica sencilla, según lo había manifestado ella, sencilla como la tarea de dar brillo a un espejo... Almagro se regocijaba pensando: "La encontrarán inapetente como nunca! ¡Claro, si almorzará después conmigo!" Y aquel *conmigo*, dicho en voluptuoso secreto, infundió en su espíritu un ánimo dominador y fuerte.

Mal desayunado, el muchacho sentía un apetito indigno de un primer almuerzo con su "compañerita". Como ella reía gozosa con las descabelladas exageraciones de Almagro, éste proyectó exagerar: primero una extrema debilidad pintoresca, representada con gestos desarticulados, al trasladarse en el automóvil cubierto que elegirían; segundo, un apetito pantagruélico, grotesco, que hiciese las delicias de Perla, al contemplar la comicidad de su voraz almuerzo.

Ella salió, apresuradamente. Él la vio en seguida, pues tenía los ojos fijos, clavados como dos aldabas en la puerta de su casa. Perla corría, a trechos, calzándose los guantes. Los árboles de la avenida hacíanse un arco a su paso... Esto, en los ojos de Almagro, que la aguardaba impaciente, manoseando el libro.

No acertaba cuál continente adoptar... Pensó, entonces, que debía estar fumando. Fumando con

aire despreocupado, para poder elegantemente arrojar la colilla a la calzada y acercarse luego con la mano izquierda —tenía que ser la izquierda— tendida en ademán de quien pide y da, al mismo tiempo...

II

No terminaban de arreglar las sillas. El mozo de L'Odeón, con un gesto decidido, hacía retirar las manos, apoyadas en la mesa, de los dos comensales, para extender una servilleta sobre el mantel. Almagro levantó las manos con el libro en la diestra. Sólo en aquella oportunidad se le ocurrió ver algo de previsión paternal, en esas servilletas que colocan en algunos restoranes.

Como Perla no había contado la historia de su simulacro de almuerzo —en el auto riñeron, pues ella creyó que Almagro tenía ocultos motivos para no seguir el camino de Callao, Sarmiento y Esmeralda— como no se había tocado el tema de su escapatoria, ella dijo que nadie había advertido la farsa.

Mientras Almagro daba un vistazo sin leer, en la abstrusa lista del menú, Perla, con la punta de sus dedos, metía los dorados cabellos bajo la capota casi infantil. Y al muchacho al observarla, le fastidió comprobar que un mechón del cabello entraba y salía bajo el ala del sombrero, preso en la punta de sus dedos, sin hallar definitivo acomodo. La causa del fastidio era muy otra. Perla se lo dijo:

—Tanto apetito para después reñir con la lista. Pide tallarines, que es un plato barato...

El la devoró con los ojos. Ella le hizo un guiño, una mueca y un pucherito con la boca... Almagro habíase olvidado de representar la escena del comilón. Descubrió un par de espejos que daban su faz

de frente y de perfil. Arreglóse la corbata. Un cuello traidor, un tanto chico para su pescuezo, aprisionaba mal el nudo. En esa forma, aparecía la cabeza dorada del botón, puesta en descubierto por el nudo caído. Sin dejar de mirarse al espejo, pegó un rápido tirón, haciéndola correr. Aquello inundó su rostro de sangre. Y fue, una vez acomodada la corbata, contemplándose con satisfacción, ocultamente. ¡Qué bien que se dibujaban ya las entradas de su frente! En la unión de las cejas, había trabajo para la pinza... ¿Su nariz? Sí, un poco grande "ciranesca"; bueno, a causa de la demacración de aquel día... En fin, era con aquella cara que Almagro a Perla adoraba.

Almorzaron. En el recoger y estirar de las piernas del muchacho; en las migajas que Perla dejó sobre el mantel; en la posición de los brazos mientras trinchaban; en las furtivas miradas a los espejos; en lo poco que ella comió; en el falso desenfado de Almagro al pagar; en estas cosas y en muchas otras que observaron el adicionista y el maitre, estaba cantando la verdad de aquel primer almuerzo. Y algo que hizo Almagro, inconscientemente, le desconcertó. En la mesa tomó la pequeña cartera de Perla. Como un inexperto habíase puesto a refistolear en ella celosamente. Ahí estaba su falla. Aquel acto era de repudiar.

Salieron del local con una nubecita de humo en cada ojo.

III

Almagro creyó oportuno readquirir su aplomo. Así lo hizo, entonando al subir a un coche, un tango haragán y pesado. Entre dos guiones de silbido, colocó la orden:

—Siga hasta Avenida Alvear...

Perla, posando sus pies en el plegado asiento auxiliar, se puso a comparar las puntas de sus zapatos nuevos. Uno de los dibujos que en ellos había le pareció más grabado. Almagro lamentábase en silencio el no haber comprado cigarrillos rubios. Miró los cabellos de Perla. Siempre que fumaba cigarrillos egipcios, le hacían recordar la cabellera de la muchacha. Ella, en ese momento, se asomó interesada, y luego, como temiendo ser vista, echóse bruscamente para atrás. Almagro, a los pocos pasos, vengativo, inclinó su busto, a fin de palpar con sus miradas a una mujer que trepaba a un tranvía. Perla lanzó una carcajada dorada, como sus cabellos. El no pudo aguantar la risa y tosió, levantando la cabeza. Cuando Almagro sintió la mano de su compañera apoyarse en la suya, exclamó, en pleno dominio de sus amores:

—¡Nuestro pequeño mundo sin estrellas! —y creyó advertir el éxtasis de la muchacha que le miraba, le miraba los ojos, la frente, la boca... El veía en tanto por encima del asiento delantero, asomarse acompasadamente, las flojas orejas del caballo...

—¡Sácate el sombrero! —ordenó ella, arrancándoselo bruscamente—. ¡Así!...

Pudo él entonces recostar su cabeza en el respaldo. Ya no veía las pobres orejas del jamelgo. Dijo con lentitud —protegido por el admirativo silencio de Perla:

"Por las avenidas
va rodando el coche,
por las calles solas,
en mí te desmayas,
igual que en las playas
las olas..."

¿Aquellos versos eran de Almagro?

¿Acaso de un poeta centroamericano? No importaba de quién eran, pero venían muy bien como insinuación.

De pronto, Almagro irguióse exclamando:

—¿Y el libro? ¿el libro de Jiménez?

—¡En el restorán! —respondió vivamente Perla, explicándolo todo.

Ambos miraron las encorvadas espaldas del auriga. ¿Regresarían? Regresar, era declararse tontos; regresar por un libro de versos a un restorán elegante... No. Y los dos volvieron muellemente a su posición habitual.

¡Cómo sabían andar en coche! ¡Eran dos verdaderos artistas! Sabían elegir las victorias; acomodarse en ellas; ordenar con tono y gracia al cochero, a quien Almagro llamaba "maestro"; sabían estirar las piernas convenientemente; calcular el precio del viaje; acompañar con el espíritu la música de las ruedas; sabían hallar un ritmo y cadencia nuevos, en el trote falso de los caballejos; sabían todos los secretos de esas cajas rodantes. Por eso llamábanle con pompa y humildad a un mismo tiempo: "Nuestro pequeño mundo sin estrellas"...

Allí vivían, soñaban, proyectaban días mejores, lloraban. Allí se juraron todo; allí maldecían, leían versos, reían, inventaban poemas, todo en una incoherencia de mundo sin estrellas. Sin estrellas, porque al levantar los ojos, cuando alzaban los labios, veían el negro de la capota ceñirse sobre sus cabezas. Y ni un agujerillo de polilla les daba la sensación de una estrella. Solamente abajo, las luces proyectadas en el asfalto humedecido, los faros de los autos, las señales rojas de los obreros nocturnos. Se conformaban, pensando que andaban por arriba de las estrellas, vigilados por los turbios ojos, viejos, de los faroles del coche.

Con las manos juntas, veían caer la tarde, morir el día, llegar la noche, encenderse las luces de la ciudad, como si en cada foco hubiese quedado aprisionada un poquito de la claridad del día. Hallaban en el parpadeo de las primeras luces, un acto rebelde, como si la luz luchase para no quedar prisionera en la bujía.

Ella le contaba, al atardecer, todas sus cosas. El crepúsculo la tornaba confidencial hasta la violación del secreto. Un día, Perla le contó que se había encerrado en su alcoba para poder decir, en voz baja, feas palabras. El efecto que le producían, era de lo más extraño. "Aquellas barbaridades", así las calificaba la muchacha, dábanle un aspecto nuevo y desconocido de la vida... Decía malas palabras, hasta romper el sortilegio de aquel delicioso delito...

Almagro contaba hechos raros, pintaba tipos originales que se le cruzaban o que a él venían como si fuese su vida un pararrayo de terribles confidencias.

El jamelgo, con su trote falso de caballo habituado a trabajar en pavimentos de madera, arrastraba aquel pequeño mundo sin estrellas... Bajo de los puentes de Palermo, si en aquel momento cruzaba un tren, Perla pedía algo, en secreto, misteriosamente. El, tenía miedo de lo que podía pedir la muchacha y para mostrar su repudio por las supersticiones ensayaba ocurrencias, diciendo, por ejemplo, que los puentes enrojecían al verles pasar.

Volvían con la noche cerrada. Dejaban el coche a pocas cuadras de casa de la muchacha. Al descender del pequeño mundo sin estrellas, Perla se alejaba unos pasos, arreglando sus faldas, ordenando su cabello, tal vez para escapar de la luz mortecina del farol que alumbraba la billetera escasa del muchacho. Siempre se acercaba algún chico a mirar a

Perla, sin querer comprender nada, porque les daba placer mirarla. Al ver a su compañera un tanto lejos, Almagro se sentía solo, solo con el cochero, su billetera y "el mundo" vacío... Con desagrado escuchaba el sonido seco que hacía la banderita del taxímetro, al levantarse. Era para él, como un fatídico sonido de cerradura, cuyo cerrojo se cierra para siempre, cuya llave va a ser arrojada a una azotea desierta, desde un décimo piso... Es que Perla, al alejarse, una vez despedidos, lo hacía siempre con un apresuramiento propio de quien huye amedrentada, o se lleva algo robado: una carta, extraída de su bolsillo, un pañuelo, una joya hallada en el coche, una llave, la llave de su amor...

Aquel sonido del taxímetro, aquel fatídico sonido de cerrojo, de candado que se cierra automáticamente y del cual se va a arrojar la llave al espacio...

Una noche, sonó más fuerte en los oídos de Almagro. Ella estaba apurada. Dióle un beso con los ojos cerrados y se fue, apresuradamente, llenando la noche, con el sonido de sus taquitos en la vereda de mosaicos flojos...

La banderita del taxímetro, rígida, roja, "flamea" para los ojos casi llorosos del muchacho, señalando el linde del "pequeño mundo sin estrellas", libre del amor juvenil...

HOTEL DE CIUDAD

I

La puerta del "appartement" enmarcó su figura esbelta. Yo la vi, desde mi sillón, en la pequeña salita de espera del cuarto piso. Había estado unos minutos aguardando, entretenido en frotar con fruición las suelas de mis zapatos en la mullida alfombra del hotel. Cuando mis ojos la vieron sonreír, de pie en el umbral, sentí bajo mis plantas brotar guijarros y asperezas de abruptas plazas... La última vez que nos habíamos visto solos, frente a la naturaleza, fue en las riberas de un río, en un lejano atardecer veraniego.

Caminé hasta ella, sonriendo. Sus palabras fueron las inevitables. Pero con su voz llegó hasta mí una brisa fresca, la misma que acariciara su frente en el atardecer junto al río.

Tendióme su mano con un dejo de contrariedad en el ademán. Un vaho cálido, de perfumes de invierno, enrostró mi llegada.

Al verme en sus ojos, hallé en ellos un retrato infantil, mi retrato de adolescente, aureolado por una húmeda mirada. Me vi tal como antaño, un instante tan sólo, pero el tiempo necesario para comprender el divino ridículo de mi amor adolescente. Su pestañeo nervioso borró de pronto la imagen, transformando sus ojos. Y, al mismo tiempo, puso una dolorosa rigidez de despedida en su mano, hasta entonces blanda y vencida en la mía.

Un valor imprevisto movió mis pasos al pisar el umbral del "appartement". Tal vez sus ojos, ahora castaños, agrandaron mi coraje. Cuando nos

amábamos, mirándonos, sombras y miedo yo hallaba en sus ojos, que mi fantasía juzgó negros. Los autores de mi adolescencia me proporcionaban heroínas de misteriosos ojos oscuros. Así que, para dar a mi amor un sentido novelesco, veía a la mujer querida con ojos negros y profundos.

Elegante, en su decidida y resuelta condición de desposada, guió mis pasos, conduciendo mis miradas hasta el lugar donde su marido terminaba el arreglo de su smoking.

Brotaron las palabras de la vieja amistad. Las luces intermitentes de tres avisos luminosos, encajados en la fachada de un edificio vecino, entraban por el balcón abierto deshaciendo relámpagos en los espejos.

La conversación apresurada del marido, alto, elegante, pero frío, contrastaba con la serenidad de mi espíritu. Aquella calma, que ponía guiones entre las sílabas y las palabras de mis respuestas, me la proporcionaban los ojos castaños de la mujer. Deshecha la trama de la novela, podía yo contemplarla libremente... Hasta juzgarlos a ambos, envueltos en la seda de la vida mundana.

Las luces de los avisos penetraban en la estancia penumbrosa. Yo vi en un espejo reflejada inversamente la luminosa palabra del anuncio. La ciudad se hacía presente a cada segundo. Ella, de vez en vez, con un aire desganado, evocaba las melancolías lánguidas de los atardeceres de antaño.

PARÉNTESIS

Mi madrastra tenía una hija que fue mi hermana mayor. Criéme en su presencia casi tutelar, hasta los diez años. Luego, partí con mi padre; y aquella ausencia no duró más de tres años. Al re-

gresar, no obstante, hallé a mi hermana de crianza en plena adolescencia. Por vez primera, miré a las dos mujeres como extrañas. Mi madrastra advirtió el frío de mis ojos, pero descuidó de observarme frente a su hija. Y así fue hasta los terribles días de su casamiento. Yo había aprendido a disimular y enseñaba a mi "hermana" a ser precavida. Ella aprovechaba aquel ejemplo de decisión y aplomo, utilizándolo en conatos de "flirt" con sus amigos. Entonces el dolor dio a mis amantes quince años su primera lección. Cuando festejaron, mi madrastra y mi padre, los triunfantes veinte años de aquella criatura, yo ya sabía llorar en el amor imposible. Pero mi disimulo, era mayor que mi debilidad. Jamás me sorprendieron. Y como nadie se preocupó en averiguar "los porqués" de mi tristeza, yo dije mis versos con toda libertad. Por idéntica razón, en el otoño casi de nuestras vidas, pudimos quedar solos en aquel "appartement" del hotel de ciudad...

II

No recuerdo bien si yo te pregunté: Ese automóvil que hemos visto pasar velozmente ¿no te provoca nada más que esa reflexión "el nuestro era menos veloz, pero más grande?" No sé si agregué, emocionado:

—En aquel automóvil salíamos al campo, con los perros. Festejaste tus veinte años, en la Pampa, que odiabas por su desolación inmensa. El día de tu cumpleaños, salimos a correr venados. ¿Recuerdas aquel galgo gris? El automóvil corría por la llanura, a la par de perros y de presas. Tú, palmoteabas dando muestras de alegría, fijos tus ojos en la prodigiosa agilidad de las elegantes bestezuelas que el galgo perseguía. Yo admiraba tus gestos; te acariciaba con los ojos; alimentaba aquellos minutos

de mi vida, robándote alegría. El automóvil andaba a pocos metros de los animales. Si el entusiasmo y la exaltación hacían perder la compostura de tu persona, yo lo advertía con placer. Volamos por la llanura. Y cuando el galgo hincó su filoso colmillo en el anca aterciopelada de una de las presas, haciéndola "perder la pisada", diste un salto hasta mi lugar, pues estaba yo mejor ubicado que tú.

Mientras el perro se esforzaba en un prodigioso brinco, a fin de alcanzar con sus fauces el pescuezo gracioso del animalillo cruzó por delante de mi cara tu ardiente mejilla... El galgo aprisionaba la presa con sus dientes y con el brío de sus patas; y en aquel momento mis labios sorbían el ardor de tu mejilla.

El automóvil se detuvo. Herida la presa, forcejeaba en garras de la jauría. El galgo cazador, se alejó un trecho, resollando por sus fauces babosas. El conductor bajó del automóvil y hundió su cuchillo en el pecho de la gama. Tú diste vuelta la cara, impresionada, buscando al mismo tiempo mi mano, que acariciaste. El galgo, al descubrir tu movimiento, llegóse por detrás de nosotros y nos lamió las manos...

Los avisos luminosos, en largas lenguas de colores penetraban en el "appartement"...

III

Andan como sonámbulos —dijiste, observando el ir y venir de la gente—. Andan sin rumbo fijo, como extraviados —terminé yo para librarme del embrujo de tus palabras, sobre todo, de la palabra sonámbulos, que dijiste sin titubear.

¿Por qué aquella reflexión, cuando yo estaba libre de mi lejano sonambulismo? ¿Dijiste la palabra sin pensarla o intencionalmente?

No sé si a continuación de tu frase, yo evoqué la noche de mis pasos sonámbulos y grotescos por los corredores de la vieja casa. No sé si te dije: La noche aquella, había tomado en vilo un pañuelo colorado de algodón, rústico, campesino y con él en la diestra, salí de mi aposento. Habían sonado tres campanadas, en el intervalo de una hora. La campanada de las doce y media; el son de la 1 y por último, la tercera, la que decidió mi partir hacia la ventana de tu alcoba, la campanada de la 1 y media.

La casa en silencio. El canto de un gallo. Del reloj viejo, los tic-tac hilvanando el silencio. Mis pasos tranquilos eran los de un sonámbulo. Para justificar mi pesadilla, llevaba rojo pañuelo en vilo, como un farol de guarda-agujas... Si alguien me sorprendiera, yo iba a exclamar: Soy un guarda-agujas, ¡no apaguen el farol! Y, al planear la ingenua pero premeditada escena de mi sonambulismo, yo abría desmesuradamente los ojos, como un loco. Así lo iba a hacer al recibir la sorpresa de alguien... Repetiríase en mí la dolencia de sonámbulo que aquejara mi infancia. El guarda-agujas, llegó por la vía de su locura, hasta su casilla anhelada. Llegué hasta la ventana de tu alcoba. Estaba entreabierta y por la rendija, tu habitación respiraba un aroma de cuerpo dormido, de jazmines dormidos... Tu alcoba tenía dos ventanas, ambas entreabiertas. Una de ellas con sus rejas, sostenía una gran planta de jazmín. ¿Recuerdas? El aire entraba por la ventana florida, recorría tu pieza; se dormía en tu lecho, se entretenía entre las puntillas de tus ropas... Paseaba, el aire, su soledad nocturna, por toda la alcoba, haciendo más brillante la luna del espejo que el calor de tu cuerpo empañaba; haciendo balancear la pantalla de tu lámpara, acariciando tus cabellos y, luego, ese mismo airecillo, era una brisa cálida, perfumada, oliente a jazmines en la noche y a tu

carne dormida. Era una brisa que salía por la entreabierta ventana donde el sonámbulo seguía sosteniendo el pañuelo en vilo, en ese instante con los ojos entrecerrados.

¿Y el temor de despertarte y el deseo de verte bajar del lecho; y el jadear de tu cuerpo dormido, aguardando la rota palabra de tu sueño en voz alta? Tenía las mejillas heladas apoyadas en los barrotes; las manos fijas, apretando los hierros y el pañuelo; el miedo me lamía las espaldas.

¿Yo te recordé todas estas cosas, desde lo alto de aquel balcón del hotel, hasta donde llegaba un olor a bencina, a automóvil, a ciudad?

IV

Y ¿yo te dije también esto?: —¡Oh, si todo lo que secretamente nos emocionaba en aquellos días pampeanos, inmensos: el silencio, la mirada, el beso, el escondido apretón de manos!; ¡oh, si ahora nos emocionase de la misma manera! Hablábamos de cosas vulgares, sin sentido para nuestros corazones. A ti te impresionaba la llanura, el horizonte. A mí me agradaba el cielo. Y, ambos, coincidíamos, por fuerza, en un punto: el horizonte...

Encerrados, en días de lluvia, hablábamos en voz alta, para que nadie sospechase aquel amor. Esta fotografía, murmuraba yo, salió mal, porque tus cabellos fueron agitados por el viento. Y entre "salió mal", y la razón inmediata que satisfacía a lejanos oyentes en habitaciones contiguas, mediaba el paréntesis de un beso.

Te arrellanaste en la poltrona que habíamos sacado al balcón. Los avisos luminosos seguían funcionando, parpadeantes. Al arrastrar mi silla, produje un chirrido áspero, que, en otro tiempo, te hu-

biese hecho acercar el índice de tu mano enjoyada, a los labios trémulos... Miraste hacia abajo. La calle, con su febril actividad, rayó el iris de tus ojos castaños, cuando volcaste tu mirada desde el cuarto piso. Al cabo de algunos minutos, no sabiendo que actitud adoptar, graciosamente entresacabas tu zapatito crema, haciendo calce en una puntiaguda y negra flor de hierro del balcón.

Descansé mis ojos en el diamante de tu anular izquierdo, en donde los tres colores de los avisos luminosos, ponían sus reflejos intermitentes. Tu mano inmóvil, tenía por momentos la tristeza de una hoja marchitándose.

V

Y, por último, ¿yo te pregunté si en la Pampa lejana había quedado aquel sombrero de alas enormes que usabas para protegerte del sol canicular?

Cuando te vi, frente al espejo, colocarte el pequeño casquete de moda, ¿te hice tal pregunta? Allá en la Pampa, al salir al campo, te escondías bajo las amplias alas de tu sombrero negro. Y nos delataba, si tras de un robusto tronco pretendíamos escondernos. Sus alas iniciaban un vuelo que se enredaba en nuestros labios... Mientras tus extraños ojos, en donde se reflejaba la fronda del árbol, abrían el misterio de una impenetrable selva virgen.

Tú, ¿respondiste a mis preguntas? ¿Qué recuerdo trajiste? ¿Qué añoranza, qué saudade? ¿O habremos estado silenciosos contemplándonos, bañados por la luz llamativa de los anuncios?

¡Qué evocaciones desde aquel balcón del hotel de ciudad, qué soplo de Pampa, qué lánguidas melancolías, bajo el látigo de luz del anuncio, constantemente repitiendo una realidad antipática!...

EL CASO DEL TEATRO IMPERIAL

I

La lluvia torrencial que cayó sobre la ciudad la noche del estreno no se ha vuelto a repetir. Las calles desiertas y a oscuras. Arcos voltaicos por el suelo. Cables colgados de las columnas; recios cables que daban la sensación bárbara de un destripamiento de la ciudad. En la esquina del Teatro Imperial, un coche de plaza volcado se deslizaba en el torrente de agua. Los albañales y las bocas de tormenta más bien parecían arrojar el agua que tragarla. Automóviles abandonados en la vía pública; trágicos caballos, muertos por las descargas eléctricas de los cables, rígidas las patas, panza arriba. Puertas y ventanas que se sacudían, dando golpes estrepitosos. Los caños maestros del agua se iban abriendo en grietas, en el asfaltado o en el pavimento de madera. Todo, en un caos de tormenta, mientras se representaba por primera vez mi drama en tres actos, titulado "Historia trágica". Afuera: el huracán, la tempestad; adentro, el viento trágico de mi obra, pasando en ráfagas por el escenario del Teatro Imperial. Yo, en el paraíso, confundido con el público grueso y la claque, seguía, palabra por palabra, el desarrollo de mi drama. Siempre me ha gustado confundirme con el público el día del estreno. Y, aquella noche, mientras oía la tormenta que azotaba la ciudad, gozaba doblemente del espectáculo. Creo que al público le sucedía lo mismo. Estábamos aislados del mundo exterior, firmemente convencidos todos que era imposible salir a la calle. Las líneas telefónicas interrumpidas. Por una feliz casualidad, el cable que alimentaba la energía eléctrica del teatro no había sido dañado por la tormen-

ta. Desde la más alta ventana del teatro se podía ver el mar, en tempestad. Al finalizar el primer acto, asomado a la ventana, presenció el espectáculo inmenso de la mar embravecida. Me acompañaban dos sujetos de la claque. Todo el entreacto lo pasamos extasiados.

El público masculino salió a ver llover. Pudieron presenciar los curiosos el daño que la tormenta había ocasionado. Era tal, que un sacudón nervioso recibieron al contemplar el cuadro que presentaba la plaza cercana, arrasada. El soplo tempestuoso de la noche puso un trágico asombro en los ojos de los concurrentes... En la sala, al comenzar el segundo acto de mi "Historia trágica", había un silencio sepulcral. Yo me asusté al principio; pero cuando mi protagonista femenino comenzó a reprochar la maldad de su esposo, en el diálogo de la escena octava, me tranquilicé. El público, atento, escuchaba como nunca los discursos de mi drama. El silencio era mayor aún a medida que el diálogo iba tomando bríos. Fue creciendo en tal forma, que resonaban en la sala y hacían ecos en el paraíso los menores movimientos de los actores.

La seda del forro del tapado de Fanny, la protagonista, producía, al ser acariciado por la actriz, un murmullo encantador, que sobrecogía. Si el malvado esposo, en un gesto triunfal, frotábase las manos, el ruido que producía pasaba, al parecer, como un viento helado de perversidad sobre las cabezas descubiertas de los oyentes. Nadie se movía; ni un gesto, ni un ademán, ni un suspiro en el público. Por instantes, el aliento suave y doloroso de la actriz llenaba la sala de una tristeza extraordinaria. Mi carne se apretaba a mis huesos, en un recogimiento íntimo de satisfacción, por el éxito que mi drama iba obteniendo. Inmóvil, apenas podía, después de un gran esfuerzo y una lucha conmigo

mismo, quitar los ojos de la escena. Muy pocas veces pude observar al público presa de aquella escena terriblemente dolorosa. Aquella escena que en voz alta tantas noches leí en mi casa, hundido en la soledad de mis cuatro paredes.

Al terminar el segundo acto el público se hallaba tan posesionado del drama que, salvo excepciones, nadie salió a los pasillos. Aplaudieron y quedáronse quietos. Las mujeres, llorosas; los hombres, pensativos. Toda la concurrencia en mis garras...

II

El tercer acto comenzó con un silencio religioso. Yo había cifrado en él todas mis esperanzas. No sobraba una sílaba; no cabía allí una sola palabra. Algunas cabezas del público se alzaban sobre las demás, como suele suceder en las luchas romanas que se llevan a cabo en los escenarios. Bocas abiertas; ojos zahoríes; manos crispadas en los respaldares; cabezas que se iban despeinando poco a poco; mujeres que deshacían entre las manos blancos pañuelos, como en los días de desgracias familiares; y, silencio, un silencio fantástico, capaz de dar cabida al más leve suspiro de Fanny, la protagonista.

Yo mismo, que deseaba presenciar los dos espectáculos, por momentos me veía agarrado al escenario. Los magníficos actores secundaban mi trabajo magistralmente, poniendo en la interpretación una fuerza humana superior a la de los oyentes. Vencíanse a sí mismos, dándole tal realidad al diálogo, que las palabras más parecían ser articuladas, por primera vez.

Repentinamente, como si en el escenario hubiese pasado un accidente, vi a la primera fila ponerse íntegra de pie. Tal como sucede en las luchas romanas, como en los verdaderos matchs de

box, cuando cae vencido uno de los pugilistas. Aquél sí era un espectáculo real. Mi obra tenía el poder de sugestión de una lucha limpia, sin truco; tenía un valor humano comparable a un match. Yo me sentí perdido, perdido para siempre. Había algo allí que no alcanzaba a comprender. La primera fila de pie —en donde había un buen número de mujeres—, posesionada del drama, estirábase toda ella, en un ademán de súplica. Era una fila de brazos implorantes. Aquellos gestos, me recordaban los de las luchas, brazos levantados del público pidiendo el golpe definitivo. Mi escena era real, verdadera, como yo habíala concebido. Insólito el acontecimiento, pero previsto por mí, para el futuro de mis obras. Deseo recordar un pasaje del diálogo, el más culminante, quizá:

"Fanny. — ¡Me dejas ir ahora! Sabes que si salgo, es para no volver. La noche me arrebatará en sus brazos. ¡Será para siempre!

Héctor. — Ahí tienes las cartas, tu historia trágica. Eres libre. Puedes marcharte. Es la primera vez que te oigo hablar, como la otra...

Fanny. — ¡Pero, si la otra no existe, Héctor, nada más que en tu cabeza de alucinado! ¡No, no existe! ¡Déjame quedar, déjame quedar! ¡Escúchame!"

Al pronunciar estas palabras, tras de la primera fila, se levantaron dos más, luego tres; y, más tarde, a medida que el diálogo continuaba subiendo de tono, la platea entera, se puso de pie. Vi, por los pasillos, a varios señores que, seguidos de sus esposas, al parecer, andaban en dirección al escenario. Se aglomeraron en el puente o "pasarella" de la orquesta, inmóviles, siguiendo el desarrollo de la escena, con una atención enfermiza, y en actitud de intervenir.

La protagonista clamaba, llorando, por un amor que no podía alcanzar. Las mujeres, reunidas con sus maridos en los pasillos y aglomeradas en los palcos, miraban a sus hombres, llorosas y con ojos de súplica, interrogantes al mismo tiempo. ¿Qué se podía hacer, Dios mío?, parecían decir. El diálogo final seguía su desarrollo. Un señor, de luto, se acercó aún más, a pocos pasos de Héctor y de Fanny; me pareció dispuesto a mediar entre ellos. Tras él, subieron al escenario una señora, una niña toda vestida de negro; un señor correctamente vestido y un anciano de cabellos blancos caídos sobre los hombros... Se oía llorar a todas las mujeres, y a más de un hombre le vi llevar el pañuelo a los ojos. Mis actores, en el calor del diálogo, apenas si distinguían al público que se acercaba. De entre bastidores, aparecían caras familiares a la concurrencia, por haber tomado parte en los actos anteriores. Algunas personas bajaron del paraíso al principio. Luego, quedó totalmente desierto. De los palcos altos, también bajó el público o se reunió en uno determinado, a cambiar ideas sobre la actitud que debían asumir en aquella ocasión.

Yo, con la barbilla apoyada en el balcón del paraíso, me asomaba a aquel pozo, en donde se debatía una humanidad presa en mis garras, a quien hacía llorar y sufrir, a mi gusto. Gozaba con el espectáculo. ¡Ver aquella masa compacta y negra, moverse con una lentitud de hormigas laboriosas! ¡Ver agitarse un público que subía a la escena a mediar en el diálogo! ¡Muñecos, todos muñecos míos!

Pero de pronto me vinieron unas ganas enormes de reír. Había apartado los ojos del escenario, y estaba libre de mi propio espíritu. Reí entonces; lancé una brutal carcajada allá arriba; carcajada que cayó sobre la cabeza de los concurrentes, como

un torbellino de brasas. Allí estaban todos, en el escenario, intentando mediar entre los autores, buscando una solución para mi conflicto, discutiendo sobre la actitud del marido, tratando de poner en término feliz mi "Historia trágica". La escena me pareció idéntica a la que había presenciado en un "ring", invadido por el público, un público estúpido, que deseaba dar por ganada la pelea a un hombre desfalleciente y vencido.

Reí, reí una vez más, y mi carcajada les despertó. Despertó a público y actores. Todos a un mismo tiempo, miraron para arriba y me descubrieron. Al descubrime, gritaron: "¡A él! ¡A él!" Era una jauría furiosa, enardecida, persiguiéndome. Me apedrearon por las calles. Una multitud seguíame a veloz carrera. Los tacos de mis zapatos hacían en la calzada un sonido muy parecido al que producen con las palmas de las manos los niños al burlarse, golpeándose en la boca abierta. Y, así hasta mi casa, donde permanecí encerrado mucho tiempo.

Es este el "Caso del Teatro Imperial", el estreno de mi obra maestra, contado con suma imparcialidad.

LOS TUBOS DE LA RISA

I

¡Viejo estrilento! —vociferó Carmelo al recibir en la nuca un brusco manotazo de su padre—. ¡Viejo estrilento! y se largó precipitadamente a la calle escupiendo a uno y otro lado y pasando sus manos sucias por la cintura del pantalón.

La indignación de don Pascual tenía sus razones, muy atendibles, por cierto y muy justas. Carmelo había tomado una hojilla de armar cigarrillos. Mojada previamente con su saliva, habíala dejado secar en los labios de su hermanita. Efectuada la operación, después de soplar un buen rato, pegó un tirón, seco, arrancando, junto con el papel, un pedacito de la piel, del labio inferior de la criatura. En seguida un punto rojo se dibujó en su labio herido, que fue agrandándose paulatinamente... Pero la chica permaneció impasible, como si nada le hubiese pasado, recostada a la pared cubierta con ejemplares de novelas semanales y tangos de carátulas descoloridas, acribilladas de puntos negros. por los abundantes dípteros que pululaban en el negocio. Así permanecía todo "el santo día", con la cabezota inclinada sobre el hombro, una cabeza desproporcionada, dolicocéfala... A veces levantaba las manos para espantar alguna mosca que se detenía en alguno de los puntos sensibles de su rostro: las ventanas de la nariz, los lagrimales, las pestañas. En verano, cubierta de moscas —las manos, los cachetes y la frente—, cuidaba con su presencia el pequeño negocio de don Pascual. Este había comenzado con la venta de cigarrillos y tabacos; de boquillas de hueso, cuerno y gundo, y de pitos de yeso y tabaqueras ordinarias. Pero más tarde fue ne-

cesario ampliar el negocio para darle seriedad... Y, entonces, comenzó a vender novelas semanales, piezas de tangos y revistas ilustradas... Las paredes fueron decoradas con los retratos que ostentan las novelas baratas. Retratos de los escritores populares... Decorado éste, necesario, imprescindible, clásico ya de las agencias de redoblonas y de las cigarrerías donde se aceptan "quinielas". Al lado de una vistosa carátula con la alegre figura de una estrella cinematográfica, el retrato grave, "en pose", de algún escritor popular.

Desde que don Pascual habíase hecho cargo del negocio de apuestas clandestinas para las carreras y de la aceptación de jugadas para "las quinielas", la vida de aquel hombre había sufrido un sensible cambio.

Pero Carmelo, el hijo mayor, era siempre el mismo. Andaba por el vecindario haciendo de las suyas, gritando como un energúmeno o insultando a la gente que pasaba por la puerta de la cigarrería. Repetidas veces en el día se acercaba sigilosamente a los viandantes y, una vez encima de ellos, se complacía en asustarles dando un grito repentino, imitando el disparo de un arma de fuego. Y cruzando su puño cerrado a unos centímetros de la cara del sorprendido, se echaba grotescamente a reír.

Su puntería era extraordinaria. Si tomaba una piedra, la arrojaba al aire con tal fuerza y certeza, que allí donde ponía el ojo llegaba la piedra. La gente que acostumbraba a pasar por aquella calle del barrio ya sabía de memoria los gritos destemplados del idiota, los insultos, casi siempre dirigidos a una agrupación política determinada. Tenía encajadas en los oídos las blasfemias de su padre contra los enemigos políticos.

Cuando pequeño, Carmelo se pasaba en la vereda mirando el sol. Algunos desocupados del ve-

cindario arrojaban cascotes al muchacho, y éste respondía —siempre mirando al sol y restregándose los ojos con el dorso de sus manos—:

—¡Llueve!... ¡llueve!... ¡llueve!...

Su costumbre de mirar al sol cuando le arrojaban cascotes —que no siempre daban en el blanco—, le valió el apodo de "Mirasol". Así le llamaban los carreros que se apostaban con sus carritos de changa enfrente a la cigarrería.

Allí estaba el carrito que fuera "del quinielero" en tiempos no muy lejanos. Ahora era de un catalán, muy rezongón que al comprarle el vehículo a don Pascual había respetado el nombre que su antiguo propietario pintase en una tablita. En letras desiguales —una imitando los tipos de imprenta, otra manuscrita— versaba el letrero: "El Pobre Carrito".

La única debilidad de don Pascual era aquel letrero de su antiguo carrito de changas. Toda vez que veía el vehículo enfrente a la cigarrería y en manos del catalán, sentía una inexplicable nostalgia por los tiempos idos. No se explicaba él mismo aquella debilidad. Cuando salía de su negocio, "echando chispas" —como decían los vecinos,— al cruzarse con "el pobre carrito", la mirada se le tornaba dulce y era incapaz de blasfemar delante del vehículo. El mismo no se explicaba aquel fenómeno; cómo el carrito le hacía serenar de golpe.

Irascible, impetuoso, de mal genio, "el quinielero" infundía temores y recelos. No hablaba jamás con buenos modos, no decía nunca una palabra amistosa. Con sus cejas tupidas y los ojos encajados en las órbitas, miraba a los clientes con cara de desafío. Aquel toscano casi siempre apagado daba a su boca una impresión de amargura y de dolor. De escupitajo, más que de boca, daban la impresión, cuando hablaba, sus labios secos y sombríos. En camiseta,

la mayoría de las veces con sombrero, don Pascual no infundía confianza y sí temor. Asco y antipatía inspiraba su aspecto.

Hacía las operaciones de redoblonas en un segundo. Si alguno deseaba conversar sobre las probabilidades de tal o cual caballo, o de tal o cual número para la próxima jugada de lotería, el hombre cortaba la conversación con palabras secas, de este tenor:

—Sí, puede ser... No, no creo... veremos... ¡Vaya uno a saberlo!... Y, así será... Bueno, juegue si le parece. Y ¿a mí que me cuenta? etc.—Pero de ahí no salía, de aquellas palabras vagas o imprecisas... Y, cuando quería terminar con algún cargoso, corría la sucia cortina que daba a una salita, con un gesto de mal humor, y sin que nadie le llamase desde adentro, decía entre dientes:

—Esperá un momento, ya voy...

El visitante comprendía y, dejando caer los ojos hasta la pobre criatura, que permanecía recostada a la pared cubierta de novelas semanales, se iba doblando el comprobante de la jugada.

El día que Carmelo había hecho sangrar el labio de su hermana, cayó un sujeto a la cigarrería a jugar a "las quinielas". Apenas vio a la chica en el suelo con un hilo de sangre que le caía de la boca, preguntó a don Pascual la edad de la criatura. Secamente, para terminar cuanto antes con la curiosidad del cliente, el hombre contestó:

—Catorce... —sin darle mayor importancia a la cosa.

Y el recién llegado le jugó al catorce un peso.

"El quinielero" escupió antes de escribir la jugada en su libretita, y, mientras colocaba el papel carbónico para sacar copia del caso, echó una fría mirada sobre el jugador.

Cuando éste salió, don Pascual caminó hasta la puerta del negocio, como si siguiese al hombre para aplastarle con sus manoplas. Enfrente a su puerta, en la calle, estaba apostado "El Pobre Carrito". Una sola mirada le bastó para aplacar sus nervios. El catalán dormía entre las ruedas, a la sombra que proyectaba el carrito. Don Pascual se quedó inmóvil, sin saber qué decir ni qué pensar. Por un momento creyó que era él quien estaba debajo del carrito, haciendo la siesta. Sentía la frescura de la sombra y el aire que de vez en cuando llegaba hasta la cabeza del catalán al agitar el caballo su larga cola como un abanico negro... ¡El conocía tan bien aquellas cosas! ¡Tantas veces habría estado en el mismo lugar!... Y, con los ojos fijos en el vehículo se dejó invadir por los recuerdos... Su noviazgo con la que era ahora su mujer; su casamiento: el primer hijo tan enfermo; el segundo, que naciera muerto; el tercero, una chica, la que estaba cubierta de moscas en el negocio... Después la venta del carrito, "del pobre carrito", para hacerse cigarrero; y, luego el compromiso de atender el asunto de las "redoblonas y quinielas", contraído con un sujeto oscuro y adinerado, el cual sabía muy bien las trampas de su negocio. Muy poco podía "tragar" —como decían los clientes—, con aquel capitalista, mezcla de usurero y de jugador arriesgado... Pero él sacaba una buena parte, de las quinielas sobre todo...

Su malhumor iba poco a poco transformándose en una rabieta continua, gris, enfermiza, que no se conocía en él, a simple vista, pero que se podía advertir en su exagerado silencio hostil.

A medida que su dinero se iba acumulando, le repugnaba más el ambiente de su casa. Su mujer, tuberculosa incurable, le miraba comer con ojos de súplica y dulzura resignada. Nada molestaba tanto

a don Pascual como la mirada tuberculosa de su mujer. Ella no se atrevía a hablar, pues él jamás le contestaba. Hacía un mes que no salía a la calle. Cuando mucho, iba hasta el mostrador, a la hora del almuerzo, a traer casi de arrastro a la nena, como llamaban a la criatura idiota. Le daba de comer por bocados y cucharadas y volvía a colocarla en la cigarrería, porque era el lugar más aireado y fresco y donde las moscas acudían en menor cantidad. Un día la dejó en la cocina y al cabo de una media hora, tenía el rostro totalmente cubierto de moscas...

Cuando don Pascual fue a casa del capitalista, un fin de mes, conoció allí a un alemán mezclado en múltiples negocios, a cada cual más raro. Este le ofreció uno muy curioso. Se trataba de explotar un objeto de diversión, instalado en un parque de los alrededores de la ciudad. El alemán quería deshacerse del negocio y se lo ofreció a don Pascual en 480 nacionales.

Era el negocio la explotación de un aparato llamado "Los tubos de la risa". Un par de tubos de zinc, acolchados por dentro, de un diámetro de 1,90 a 2 metros, capacidad suficiente para dar cabida a un hombre de pie. Uno de los tubos giraba, por medio de un dispositivo mecánico especial en un sentido. El otro, colocado en la misma posición, formando túnel, giraba en sentido contrario. Una de las bocas daba al público, la otra a un cuartito interior, de madera.

Don Pascual puso atención en el negocio e instigado por el capitalista de las "quinielas", resolvió entrar en trato. "Los tubos de la risa", ya instalados, tenían una contrata en el Parque Alegre por cuatro años. El parque funcionaba por la noche solamente, a excepción de los feriados y domingos, que había función por la tarde.

El primero del mes, don Pascual —casi formalizado el compromiso—, fue por la mañana temprano con el alemán a ver el aparato. Este le explicó el funcionamiento, los gastos que ocasionaba, la corriente eléctrica, el cuidado de los acolchados, el engrase y el secreto de las "gurupís"...

—Aquí —decía señalando un cuartito de madera— colocás mujeres que hagan risa... Muchachas, muchachas... Pagarás un peso, ochenta centavos, lo que quieras... —Y seguía en aquella forma, tuteándolo, explicándole el secreto de las "gurupís" ocultas en el cuartucho de madera.

Don Pascual vio funcionar el mecanismo y el alemán quiso demostrar los efectos que producía el aparato. Se introdujo en uno de los tubos, y caminó dentro de él sin peligro alguno, diciendo:

—Lo difícil es pasar al otro lado. Casi todos caen y es cracioso esto...

Y pasó sin caerse, al otro lado, cambiando el paso con prudencia. Siguió hablando:

—Aunque caiga, no se hace nada... No dejás entrar más que a tres de una vuelta... ¿Ves como no hace daño?

Y, así diciendo, se dejó caer, rodando en los acolchados de los tubos.

Don Pascual no había visto funcionar jamás el aparato, pero le pareció que aquello "podía dar"...

Cuando el alemán se dejó caer, Carmelo, que hasta ese momento no se explicaba el objeto de aquella pantomina, comprendió el caso y la utilidad de "los tubos". Una carcajada continuada y grotesca salió de la boca desdentada de Carmelo. El alemán dijo al incorporarse:

—Ahí tenés, el hijo serviría de gurupí... Metelo en la cuartito con un par de chico...

El "quinielero", agitando en el bolsillo unas monedas, con una profunda mirada escudriñó el ros-

tro del alemán... Carmelo, babeándose, se acercó al aparato en movimiento, esperando la palabra de acicate de alguno de los presentes... Pero una seña del alemán hizo que detuviesen el motor.

Don Pascual se quedó pensativo, con el ruido del mecanismo sonando en los oídos, mientras el alemán sonreía, tratando de disfrazar su interés en la realización del negocio.

Carmelo, acercándose sigilosamente por las espaldas del alemán, se preparó para darle una sorpresa. Aproximó su cara al oído del sujeto y gritando con todas sus fuerzas: ¡Pum!, hizo pasar su puño rozando la mejilla colorada del extranjero.

El hombre dióse vuelta sorprendido y cambió su sonrisa bonachona y simpática por un gesto de acritud y acedía.

Don Pascual, acostumbrado a ver a su hijo en aquel trance, no dio importancia al asunto, agitando en su bolsillo los níqueles que manoseaba con sus manoplas.

—Y, bueno, amigo, trato hecho... —dijo con firmeza—. Esta noche quiero ver funcionar el negocio y desde mañana esto queda en mis manos. —Y parecía que al decirlo agitase con más nerviosidad las monedas... Hablaba de sus manos, con las que había ido amasando su pequeña fortuna.

Mientras regresaban, en "el acoplado de un 61", el alemán fue enseñándole las entradas y salidas que constataban en la libretita de anotaciones. Don Pascual leyó con atención línea por línea y se encontró con tres nombres de mujeres: Adela, María Esther y Josefina... Y en el mismo renglón, seguido de los nombres y de un signo, las siguientes cifras: $ 0.80, $ 0.70 y $ 2, respectivamente.

II

No había necesidad de enterarla a su mujer del nuevo negocio. ¿Cómo iba a explicarle el "quinielero" don Pascual aquello de "Los tubos de la risa"?... Imposible. Sus palabras resultarían tan oscuras para la enferma como el relato enmarañado y sin sentido de su hijo. Regresó del parque seguido de Carmelo, que se había reído toda la noche de muy buena gana.

Pero no pudo dormir hasta la madrugada, por más que recurrió a una posición cómoda y eficaz en otras noches de insomnio. Colocaba la cabeza entre los brazos, cubriéndose los oídos. Veía desfilar el público ante sus ojos. Las luces ardían todavía, aunque él había dejado el parque a oscuras, envuelto en esa tiniebla de misterio que parece caer sobre los sitios de diversión cuando quedan a oscuras... Como si danzasen en la sombra, las almas alegres o trágicas de los que fueron espectadores...

El ruido contínuo y molesto de los tubos en funcionamiento, se prolongaba en el silencio mortificante de la pieza. Veía pasar el público curioso, entretenido con el espectáculo de dos o tres concurrentes que, para arrancar carcajadas del público, se dejaban caer intencionalmente... Y era para el "quinielero" algo inexplicable, dulcísimo, las carcajadas de las tres "gurupís". Adela era pequeñita, regordeta, desfachatada en sus movimientos. Tenía las piernas combadas, hechas como con paréntesis. Empolvada de una manera imposible de imaginar, renovaba su "toilet" durante el 'trabajo"... María Esther era flaca, insulsa, rubia, con los dientes picados. Parecía que alguien se había empeñado en la tarea de introducir la punta de un instrumento entre sus dientes... En uno de ellos fulguraba un punto de oro... La tercera, Josefina, Jose, como la

llamaban las compañeras, era morena, alta, desgarbada, de cabellos lacios, cortados a "la garçone". Vestía de negro y enseñaba, al reírse, una dentadura blanca, sana, pareja. A esta última, como a ninguna de las otras, se le dilataba el empolvado pescuezo de tanto reír...

Don Pascual, en el lecho, recordaba muy bien las tres veces que habíase llegado hasta el cuartito de madera donde se ocultaban las tres mujeres. La primera vez, tuvo la impresión del que se introduce en una habitación extraña sin anunciarse. La segunda, como entrara con más seguridad, teniendo en cuenta su condición de dueño del negocio, pudo estar entre ellas un rato más. La otras "gurupís" le miraban con desconfianza, pero seguían lanzando al aire poco agradable del cuartucho, sus roncas carcajadas de falsa alegría. Se miraban entre ellas y seguían con su trabajo... A don Pascual se le ocurrió que se reían de su figura, de la pobreza de su ropa, de sus feos modales... Y salió, salió para volver al poco rato, con el pretexto de arreglar cuentas y establecer el contrato con las "gurupís".

Había aún mucho público. Cuando era grande su afluencia las "gurupís" descansaban. Adela y María Esther se reían entonces de las gracias de algún concurrente feliz... ¡En cambio Josefina... Josefina se ponía seria y maldita la gracia que le hacía el espectáculo ni las locuras del público! Don Pascual entonces la miraba con ojos acariciadores, profundos y nobles. Como Josefina lo sorprendiera en aquella actitud, la preguntó.

—¿Cuánto cobraba usté, señorita?

Josefina hizo un gesto de desgano y contrariedad que la afeó un poco más.

—Y, deme lo que quiera.

Don Pascual no oyó claramente. En aquel momento todos reían, público, empleados y "gurupís"... Se acercó un poco a Josefina y la miró en la boca, de donde salían aquellas carcajadas que le agradaban tanto a don Pascual. Ella comprendió que no había sido escuchada y repitióle contrariada:

—Deme lo que quiera, le digo.

Josefina iba a agregarle: "El alemán me daba dos pesos"... pero comprendió que el caso era muy distinto. El otro patrón era medio bobo y riéndose —ella no sabía de qué— le daba siempre algo más que a las otras, diciéndole:

—¡Oh, este Jose, este Jose me da mucho risa!

Al terminar la función D. Pascual les dio un peso a cada una. Pero, al poner en las manos de Josefina la misma cantidad que a las otras dos "gurupí" le pareció ver, en las manos de la "gurupí" morena, de boca grande y de risa encantadora, la libretita del alemán, con aquella significativa anotacinón, para D. Pascual inexplicable: "Josefina —$ 2".

Por eso, tal vez, por no haberle dado a Josefina los 2 pesos, era que no podía dormir aquella noche... Ni poniendo la cabeza entre los brazos como solía hacerlo en los casos de insomnio...

III

Ninguna de las tres "gurupís" había tenido en ninguna parte un trabajo permanente. Las tres practicaron muy diversas ocupaciones. Menos la tarea de sirvientas, habían hecho de todo: vendedoras de pastillas en la Avenida de Mayo; mandaderas en los talleres de planchado; floristas, limpiacopas en los bares, ayudantes de costureras, pero nunca en casa de familia... Tenían muy mala facha para presentarse entre "gente bien". Tan feas, por otra parte,

que no podían progresar en ningún lado. Y tan rebeldes y altaneras, que no aguantaban la condición de sirvientas. Cuando a los padres les iba bien, quedaban en el conventillo. Cuando no, ya buscaban ellas algún trabajito como el de "gurupís". Este les resultaba muy cómodo, pues cuando por alguna razón no querían ir, mandaban a una substituta cualesquiera. Total, ¿quién no sabía reirse desde las nueve hasta las doce? Claro que las novicias volvían a casa con la garganta a la miseria, afónicas y con un dolor en el pecho y las espaldas que era poco recomendable.

La más vieja en el trabajo, —y quien había llevado a las otras dos— era Josefina. También se la consideraba la más afortunada, no porque el alemán tuviese debilidad por ella, sino porque desde hacía un par de meses, a la salida, la esperaba un muchachón alto, buen mozo, Pancho Ranieri, obrero nocturno del Anglo Argentino. A veces, hasta con el traje de operario venía a buscarla a las doce y media y la acompañaba hasta la puerta del conventillo. Se quedaban un rato de charla, casi siempre hasta que pasaba la ronda y Pancho era mirado con cara de pocas vueltas por el vigilante... Entonces Josefina entraba con un beso en la boca y Ranieri caminaba hasta el medio de la calle desde donde veía el altillo iluminado donde dormía su novia.

Jose no le había explicado bien qué clase de trabajo tenía en el Parque Alegre. Pancho se conformaba con saber que ella no tenía "otro hombre en la cabeza"...

Poco a poco se fueron conociendo, y como Pancho le contase cosas de su gente, —la vida de su madre y de su hermano menor— Jose fue haciéndose cada vez más confidencial. Después de explicar cuál era su trabajo, le dijo, también, que era muy afortunada:

—Tengo más liga que las otras —decía riéndose, con su voz tomada— me pagan mejor y me hacen regalos...

Pancho no desconfiaba de Josefina. ¡Era tan fea la pobre!... Pero teníale mucho odio al propietario de "Los Tubos". Primero porque hacíala enronquecer a su novia; segundo, porque indudablemente pretendía seducirla, y, tercero, por las artimañas que aquel empleaba para atraer el público.

La debilidad del alemán parecía haber pasado al espíritu de D. Pascual, como una parte de lo adquirido por éste. O quizás D. Pascual habíase impresionado con la libreta de notas del antiguo propietario de "Los Tubos". Lo cierto era que Josefina, los sábados, llegaba hasta a recibir propinas de cuatro y cinco pesos. D. Pascual que no se atrevía a pedirle nada, que ni siquiera se le cruzaba la idea de reclamar una retribución, iba sintiendo cada vez mayor atracción por la muchacha. Los negocios mejoraban. Las quinielas producían, las redoblonas dejaban pingües ganancias. "Los Tubos" marchaban cada vez mejor... Pero todo aquello ¿para qué? Para amargarse más la vida, viendo que el dinero no le servía a él para nada. No bebía, no jugaba, era recto, firme en sus acciones; por esa razón el capitalista le tenía confianza. La política, —que en un tiempo le desviviera— ahora no le conmovía lo más mínimo. Le había mareado el asunto del socialismo, que no acababa de entender, entre tantas voces de uno y otro bando tradicional... ¿Gastar? ¿En qué?... No tenía deseos de llevar nada a su casa, ni un mueble, ni una cortina, nada. ¿Para qué llevarle algo a su mujer, si al cabo de un tiempo iba a ver las cosas por el suelo, los muebles ennegrecidos, las cortinas ajadas y sucias? ¡Oh, con aquellos hijos y con la mujer que le había tocado, que se iba consumiendo en la mugre!...

Josefina acabó por ser su debilidad mayor. Pero no tenía valor para pensar más lejos, para proyectar algo mejor... Josefina le miraba con unos ojos de repulsión, aunque él fuese pródigo con ella!... ¡Ah, pero la carcajada de la "gurupí" le hacía olvidar todo, le desarmaba, y no pensaba en otra cosa que en pagarla bien para que no se fuese... En algunas ocasiones, cuando tenía en el bolsillo un montón de papeles de un peso, le daban ganas de arrojárselos todos a sus pies, para que riese mejor todavía, con más ganas...

Josefina no entendía su tragedia, el dolor de reir por la fuerza todas las noches. Le parecía muy natural aquello. Tanto, que si alguien un día le llegase a decir con dolor, que aquel trabajo era la cosa más terrible del mundo, ella le contestaría con rabia, que era un estúpido...

D. Pascual pasaba los días aguardando la hora de la función; y, aunque él no pensó jamás atender el negocio de "Los Tubos", era en el Parque donde trabajaba con más gusto.

Un sábado por la noche, D. Pascual no pudo comer en su casa. Estaba asqueado de todo. Salió a la calle desierta. No quedaba ni uno de los carritos de changas. Tomó el tranvía y llegó al Parque antes que nadie. Él mismo puso en marcha el motor de "Los Tubos"; él mismo esperó la llegada de las "gurupís". Adela, aquella noche no podía concurrir al trabajo. Josefina y María Esther apenas llegaron comenzaron a reír como unas locas, mientras el ruido de "Los Tubos" daba actividad al Parque.

D. Pascual miraba atentamente la boca de Josefina, la dilatada garganta, los ojos sombreados, la melenita lacia y grasienta, cortada a "la garçone", y las líneas de su cuerpo flaco, con aquellas ropas negras de seda raída. Parecía querer adivinar las causas que hacían reir tan bien a Josefina. Y pen-

sar que ella no sabía en aquel momento de su trabajo si en realidad reía... Estaba pálida, como nunca, demacrada, ojerosa. Don Pascual la seguía con los ojos, lleno de una satisfacción enorme. No comprendía qué era lo que tenía por Jose. ¿Amor paternal, deseo, cariño, piedad? Nada sabía, ni quería saberlo por otra parte. ¿Para qué?...

Casi se diría que estaba previsto el final de aquella jornada. Al terminar, en los últimos momentos, le vino a Jose una tos fortísima, y, luego, un ataque de nervios que no había quien pudiese con ella.

La acompañaron, apagadas las luces, por la tiniebla del Parque en soledad, hasta la puerta. Josefina iba macilenta, demacrada. En su pequeña cartera "el quinielero" había escondido veinte pesos sin que nadie lo viese.

En la puerta, Pancho aguardaba la salida. Cuando la vio venir con Don Pascual, sintió que sus huesos se ahuecaban de pronto. Se acercó. Jose explicó el caso:

—No sé —decía con voz apagada y apenas perceptible— no sé, me vino como una puntada aquí —y señalaba la garganta— y después me ahogué... Ahora me pica mucho, como si tuviese moscas adentro...

La llevaron hasta el conventillo en un coche. Ranieri le dijo a D. Pascual, de mal modo, que se retirase. El hombre salió y, como la primera noche, no pudo dormir hasta el amanecer. Veía a Jose en el cuartillo de "Los tubos de la risa".

IV

Volvió dos o tres días más tarde. María Esther le enteró del estado de Jose. No podía volver, porque

se le había desgarrado una arteriola del cuello. La herida ocasionóle una hemorragia.

D. Pascual le mandó dinero y Pancho se lo devolvió con María Esther, recalcándole que "no lo necesitaban". Al regresar, esa noche, venía por una acera angosta, cuando le dio un vahido. Pegó con la cabeza en el costado de un tranvía que pasaba y quedó a lo largo, sin sentido, en la calle. Lo recogieron, y al día siguiente lo llevaron a su casa.

Una conmoción de poca importancia. Reaccionó en seguida... Ahora se pasa los días y los días sentado enfrente de su cigarrería con negocio de "quinielas" y "redoblonas".

Está siempre dolorosamente grave. Cuando el catalán se va a otra parte con "el pobre carrito" entristece, entristece, pero no puede llorar...

Al recibir, todas las quincenas, el producto de las entradas a "Los tubos de la risa", lo mete sin decir una palabra en el cajón del mostrador. Y se vuelve en seguida a su banquito, ubicado en la puerta del negocio, desde donde puede ver "el pobre carrito"... El vehículo, con una fidelidad de cosa inanimada, dulcifica la vida del desgraciado a quien le cerraron las puertas de la vida...

EL CUENTO DE LA AVENIDA ALVEAR

En la vida de un hombre suele repetirse con sorprendente frecuencia, un determinado tipo de mujer...

Pablo Astier, intentando saborear su molicie en un duro banco de la plaza Francia, trató de dar una ubicación conveniente al anterior pensamiento. Había huído del centro, después de firmar la adición en un restorán de la calle Esmeralda. Lo volcó el tranvía 10, en la curva de la Recoleta, a las 2 de la tarde...

Darle ubicación al pensamiento que encabeza esta plana, no le fue muy fácil... Un determinado tipo de mujer... Y, cuando trataba de representarse mentalmente su tipo, le sacó de quicio, el mordiscón que en el asfalto de la Avenida dio el "antidérapant" de un automóvil, puesto en carrera. Aquel ruido le alejó de su pensamiento inicial. Largo, gris, de una sola línea, el vehículo hacía quebrar el aire de aquel comienzo de tarde otoñal, con la erguida silueta de una mujer, hermosa como todas, absolutamente todas las mujeres que pasan velozmente en un Packard...

La siguió con ojos ladrones. Como el sol heríale, Pablo Astier volvió la cara para entregarse de lleno al pensamiento, el cual debía darle pauta para la formación de un cuento.

Pensó en Marila y en Belcha... Ambas de una misma belleza. De un atractivo semejante. Y, la Gatita, se dijo ¿no es un tipo que se repite en mi vida?... Sí, la boca de esta última, sabía a la de Marila, —la boca dormida en besos de Marila—;

también sabía a los labios sin historia de Belcha... Por el camino de los besos, hallaba una semejanza íntima. Pero, no sólo en la boca de una y de otra y de la tercera, también en...

Rayaban la tarde, autos apresurados que iban y venían, como si los primeros se dirigieran a beber un poco de sol en una fuente misteriosa del bosque y los que regresaban, llevasen apresuradamente un tónico a los enclaustrados de la ciudad... Pablo Astier creyó reconocer en un taxímetro a una familia de provincia, pues uno de los ocupantes del auto, señalaba con el antebrazo fuera, los filtros de las aguas corrientes... En otro, sospechó que iban dos de esos elegantes muchachos argentinos, propietarios de vehículos originales o curiosos. El automóvil —marca europea; guardabarros como arqueadas cejas; pintado de verde— cruzaba lentamente, pues iba aguardando el paso de una victoria derrotada, que ocupaban dos de esas mujeres que ya no esperan a nadie en el atardecer de sus vidas... Pasó, en una Citroen, una adorable criatura tocada de amarillo. El vestido asomaba bajo su "robe" de automovilista... Firme en el volante, aquella mujer, sola en su vehículo minúsculo, dio a Pablo Astier, una sensación definitivamente grande de la ciudad en que habitaba... El ruido del "antidérapant" mordiendo el asfaltado, ponía su nota original entre la balumba de explosiones, escape libre y bocinas.

Pablo Astier, quitóse el sombrero, encendió su apagado Partagás y colgando sus ojos de las dos chimeneas de las Aguas Corrientes, siguió con el hilo de su pensamiento. Una nube blanca, entre las dos columnas de las chimeneas, —para los ojos sin perspectiva de Astier— parecía unirlas con un lien-

zo blanco. El oído repleto de ruidos, la frente tibia, las manos inútiles, Pablo Astier siguió meditando para redondear su cuento.

También en sus modales, las tres mujeres se parecían. Marila, era rebelde como un beso que exige otro; Belcha sabía amenazar, llorando; Gatita, era capaz de meterse en un taxi limousine y permanecer tres horas en él, estacionado en la esquina de su casa, a fin de simular una infidelidad que enardecería a Pablo Astier. Sí, en su vida, se repetía un determinado tipo de mujer. Por esa razón, debió más de una vez reprocharse el lugar común de insinuar a sus amores, sus semejanzas con Edda Gabler, o Nora, la de Ibsen.

—Así hubiese reaccionado la heroína de Ibsen... —dijo a una y a otra en ocasiones similares.

También es cierto, que adoraba en cada una de ellas, el parecido que les descubría con Eduarda, la nunca comprendida del todo, Eduarda de Knut Hamsum...

¡Ah, si pudiese iniciar un amor —se decía Pablo Astier—, un amor que corriese parejo a la lectura de una novela nórdica!... Dar besos, prometer, negar, odiar, perdonar y hacer daño, gradualmente, a medida que el elegido romance nórdico va enredando su trama, a medida que se suceden los capítulos, las escenas, las aparentes contradicciones... Un amor, iniciado bajo la tutela de un romance. Ella iría entrando en la ficción, tomada de su mano. Leerían juntos, tratando de adaptarse a los personajes elegidos, bajo la égida de la novela; habrían de contenerse para no pasar el umbral de una promesa estampada en ella, para no ir más allá de un secreto. Ingeniarse para suplir contrariedades de la novela, por contratiempos de la vida que llevaban. En fin, dejarse dominar por la fuerza

distribuída magistralmente, repartida por el autor en los capítulos de la obra elegida.

¿Sería posible? La pregunta puso en su espíritu una nube. El cielo de aquel comienzo de tarde también se cubrió de nubes. Ya no tenía sol. Entre las dos chimeneas de las Aguas Corrientes, habíase extendido un velo pardo, desagradable. Ahora las dos huecas columnas de ladrillo, aparecían recortadas sobre las nubes. Recortadas, daban la impresión de un mal decorado de teatro.

La falsa maniobra de un conductor, hizo detener repentinamente el torbellino de automóviles. Ásperos chirridos de frenos; patinadas que rayaban el pavimento dejando huellas paralelas; bocinas repitiendo un grito, cornetazos, una voz que increpa; un insulto soez y carnavalesco; impaciencia de motores acelerados; una rabia de autos detenidos en pleno tráfico.

Más adelante del vehículo, en falsa maniobra, se estiraba la Avenida, limpia, desierta. Tuvo Pablo Astier una sensación de madrugada, cuando no andan automóviles y las sombras duermen tranquilas. Y, de la congestión del tráfico, Astier retuvo el ademán decidido de una rubia mujer, con el puño cerrado golpeando en el cristal delantero de su lujosa landolet. En el ademán de la mujer había una orden que el chofer acató, sacando su mano izquierda en señal obligatoria de reglamento de tráfico.

Acercóse el vehículo al cordón de la vereda. Se abrió la portezuela y el bien calzado pie de la mujer rubia, ennobleció las rotas baldosas del piso. Pablo Astier sonriendo, dirigió sus pasos hasta el automóvil detenido.

Aquella mujer era...

La falsa maniobra que hizo detener el torbellino de vehículos, cortó definitivamente la hilación del cuento. Ahora...

Y, la mujer rubia, acompañada de su pequeñuela hermana, mientras andaban lentamente por la vereda, habló de cosas banales, en ella precursoras casi siempre, de revelaciones hondas...

Tenía algo que reprocharle, seguramente. Algo que pedirle talvez... Y, mientras su hermanita reía con el hombre de los globos, la rubia mujer acercóse a Pablo Astier y más con los ojos que con los labios le dijo:

—Dime: ¿sabes que me caso pronto?

Pablo Astier, al besarla en tiempos lejanos, decíale: —Pongo trampas de besos en tus labios, trampas mortales, para atrapar y hacer morir cuantas miradas caigan con deseo en tu boca.

Ella, gozosa, reía entonces; y, ahora, sonreía inteligentemente. El tiempo transcurrido con remembranzas, habíala refinado.

Pasó entre los dos el recuerdo, sin tristeza alguna, antes bien, con alegría de cosa realizada y fácil de repetir.

—Sí, sé que te casas... Me lo han dicho ayer precisamente...

—Bueno, oye —dijo subrayando las palabras y mirando a la pequeña entretenida con el hombre de los globos—. Si a los ocho días de casada, vuelvo a Buenos Aires, tú serás el culpable...

Caminaron hacia el automóvil detenido.

Tenía los ojos lejos; las manos abrían y cerraban su cartera de cuero; en su garganta se anudaban voces verdaderas... Pablo Astier inquirió:

—¿Cómo? ¿Qué culpa? ¿Por qué? ¿Lo sabe acaso? ¿Guardas algo? Miedo de...

Ella volvió sus ojos valientes hacia él y volcando toda su alma derrotada en los labios de aquel hombre preguntóle, delirante, enrojecida:

—¿Se notará?... ¡Dímelo! ¿Se notará?...

La hermanita caminó hacia ellos. Aquella pre-

gunta podría ser respondida ante cualquier persona. Pero Pablo Astier, dándole con su mano golpecitos cariñosos en el brazo, sonrió orgulloso como un vencedor.

Cuando ambas hermanas hubiéronse instalado en el coche, Pablo Astier pronunció estas palabras:

—Yo mismo, no me atrevería a afirmar nada. Las mujeres, te lo repito, son paisajes. ¿Acaso puedo yo decir que he visto otro atardecer como este?

Y ella sonrió convencida, mientras el automóvil partía, con la primicia de un terror inocente...

Aquella mujer era rubia. En nada se parecía a las otras. Pablo Astier abandonó el martilleo de la sentencia inicial. Mentalmente dio por terminado su cuento. En el torbellino de los vehículos, se alejó el automóvil de la futura desposada. Llevaba un chispazo del sol poniente en el cristal rectangular de la capota...

I

La racha de mala suerte comenzó a azotar a la familia Durañol una bochornosa y pesada tarde de verano. Soplaba un viento norte capaz de poner malhumorado al más suave y tranquilo de los mortales. Un viento norte muy parecido al que ponía de mal humor a toda la familia Durañol cuando ésta residía en provincia. Aquella tarde el hijo mayor, Nelson, fue despedido de su empleo. Era guarda de tranvías. Trabajaba en el coche número 9. Era lo que se llama, entre los superiores del gremio, un guarda escrupuloso. De una corrección casi natural de hombre flaco, con bigotes recortados, Nelson apretaba el entrecejo haciendo de él, un remolino. Como buen cumplidor en su plataforma, nadie podía fumar. Por más que el pasajero protestase argumentando haberlo encendido en ese momento, no toleraba Nelson tal infracción.

Era aquella una tarde bochornosa. Nelson había hecho arrojar a la calzada varios cigarrillos, repitiendo una y otra vez, sin mirar siquiera a los infractores:

—Prohibido fumar... Prohibido fumar...

De manera que su malhumor estaba a punto.

De pronto Nelson descubrió que un chico viajaba, colgado en el estribo, hecho un ovillo, arrollado y pequeñito. Nelson se acercó y lo hizo bajar. Como el tranvía andaba muy despacio, obstaculizado por el tráfico compacto, el chico, andando en la misma dirección, alcanzó una y otra vez al vehículo. Nelson —que lo molestaba sobremanera el andar cachaciento del coche a su cargo— descubrió, iracundo, repetidas veces, al chico en el estribo.

Este cambiaba de lado cada vez que se trepaba, con el ostensible propósito de burlarse del guarda. Nelson no pudo contener los impulsos de castigar al impertinente y tiró un manotón con tan mala suerte a sus ropas que por poco cae a la calzada. Aquel accidente desgraciado, sirvió para enfurecerle. Y fue así que, cuando el chico intentó burlarse una vez más del guarda, éste, irascible, colérico, bajó del coche y persiguióle unos metros. Más hábil, la criatura no se dejó agarrar. El guarda, que estallaba en ira, apretando la cartera y la caja de los boletos contra su vientre, siguió persiguiéndole hasta un zaguán donde consiguió atraparlo. Dióle allí una serie de coscorrones, sacudiendo con sus movimientos, la cartera y la caja. Se aglomeró el público. Uno de los curiosos se erigió en defensor del chico, mientras otro aprobaba la actitud del guarda. Entre una y otra confusión, el tranvía había continuado su marcha —aquella vez con su vía libre— y se hallaba a una cuadra del lugar del suceso...

Cuando el motorman y los pasajeros se percataron de que marchaban sin guarda, fue el alboroto en el tranvía... Por suerte para Nelson, el caso no pasó de un jocoso espectáculo sin la intervención de la policía. Pero, en el primer cambio, el motorman, por cuestiones del troley que se había salido del cable, discutió con Nelson, achacándole el accidente, debido, según él, a una desatención de su parte. Y aquella insignificante y callejera disputa, le costó a Nelson el puesto. El motorman enteró a la superioridad del abandono del coche que había hecho el guarda por castigar a un chico. El asunto fue tomando cuerpo. Al terminar la semana, Nelson era despedido...

II

La viuda Da. María Durañol, era la mujer más fatua y ambiciosa del barrio. Lo que se llama "una provinciana engreída". Más "llena de partes" aun, era cuando residía en su pueblo natal. Para mejorar —y desdeñando la vida pueblera— dejó un día la provincia y se vino a la Capital. Cifrando más de lo prudente, en sus tres hijos, voló haciendo sus cálculos en la forma más optimista y presuntuosa. Tenía fe en ellos, hasta el firme convencimiento de que, machacando sus voluntades, sacaría un ser excepcional de alguno de sus hijos...

Sin mayores recursos, la vida les fue fácil a los cuatro. Mil privaciones hasta caer en los bajos menesteres, hasta resignarse a incluir sus dos hijos en la clase proletaria.

Los nombres de ellos decían a las claras la ambición y la torpeza de su progenitora. Nelson, el mayor; Eulalia María Victoria, la hija; y sólo un nombre vulgar llevaba el hijo menor, recordando al difunto padre, un ilustre militar, según la viuda... Se llamaba Pedro, a secas, y trabajaba como chauffeur en un automóvil con taxímetro. Era reservado, cínico, calculador. Su independencia, le servía para imponer su voluntad brutal. Bajo su gorra de chauffeur ocultaba sus vivísimos ojos dañinos.

Eulalia María Victoria no se había casado porque todos los candidatos que se le presentaban le parecían muy poca cosa. Además, no todo en la familia debía irse barranca abajo, según doña María. Si los hermanos ocupaban puestos insignificantes —decía— no por eso debía su hija pactar con la vida.

Calculadora como la madre, Eulalia María Victoria se sentía el último baluarte de la familia. Sin ninguna belleza, aguardaba no obstante al señor

rico —un poco maduro tenía que ser, extranjero— y capaz de comprender que se llevaba "una joyita". Decía la viuda que su hija estaba "preparada para el matrimonio" y eso era lo principal. Según ella había nacido para ordenar la vida de uno de esos hombres —creados por la fantasía de la madre— que, teniendo dinero, sólo buscan la sinceridad, el aseo y la solicitud de una buena muchacha de provincia, criada a la antigua.

Tranquilizaba a su hija diciendo:

—No te preocupes, querida, ya aparecerá el hombre que necesitamos...

Y, madre e hija, recorrían las casas amigas, frecuentando los salones de baile de distintos barrios, para contar después a los vecinos, falsas historias que llegaban hasta creer ellas mismas. Se convencían de sus embustes de tal manera, que en la intimidad seguían sin pensarlo representando la comedia de sus imaginarias visitas. Salían para visitar a tal o cual familia, como si en realidad lo debiesen llevar a cabo.

Los domingos o días festivos, cuando el buen humor de Pedro lo permitía, hacíanle envolver con un paño negro el taxímetro, y marchaban en él, las dos mujeres.

Pedro había ingeniosamente transformado su Ford en un automóvil que, a simple vista y en el montón de vehículos, podía pasar por un Buick... Conocía las debilidades del público; y su clientela para él no tenía secretos. Sabía de antemano, según los pasajeros, qué marcha debía imprimir a su coche, y dónde podía llevarlos si ellos se abandonaban a su albedrío. Cuando escuchaba que la pareja que conducía, se peleaba por alguna tontería y discutían dentro de su coche, bajaba el gancho del acelerador y volaba, para hacer en esa forma vol-

ver a la realidad a sus pasajeros... Casi siempre era la impaciencia y el desasosiego de Pedro quienes solucionaban el conflicto...

—¡Siga chauffeur, siga no más!...

Y Pedro, en la generalidad de los casos, conformaba a la voz masculina, pues con el ejemplo de su hermana y de su madre, tenía bastante para conocer la falta de tino de las mujeres. A todas las juzgaba por los modelos que tenía a su lado.

Una tarde llegó a su casa con una cartera de mujer hallada en el interior de su coche. La dejó sobre la mesa del comedor y se fue a lavar las manos.

Desde la batea del patio, escuchó la discusión que se habían impuesto madre e hija:

—¡Si la ha encontrado, él sabrá lo que tiene que hacer y hasta a quien pertenece! —objetaba la madre.

—¡Oh! —decía Eulalia María Victoria— que se deje de embromar; no va a ser tan estúpido de devolverla... ¡Que me la regale será mejor!...

A la madre se le había planteado un terrible dilema. Luchaba entre dos ideas y no podía decidirse. Veía, por un lado, el retrato de su hijo en un diario de la tarde con este acápite: "El honrado chauffeur que ha devuelto a su dueña una cartera con dinero". Pero en seguida veía a su hija con la hermosa cartera acercarse a la boletería de un cinematógrafo...

Llegó Pedro, secándose las manos.

—¿Y esto? —le abordó la hermana inmediatamente.

—La encontré con dinero en el asiento del coche...

—¿Cuántos? —curioseó la madre.

—Adivinen... A la que acierte, le regalo la mitad...

—Pero, —objetó la madre— supongo que devolverás ese dinero con la cartera... Irás a un diario...

—¡Oh, no, no! —exclamó Pedro con la mayor convicción— ¡ni lo piensen! La cartera si querés, te la agarrás vos, Eulalia; la plata, que no es mucho, para los desperfectos que los pasajeros hacen en el coche... Si quieren devuelvan una cartita que hallé adentro...

Durante el almuerzo siguió la discusión. Eulalia, con su silencio, esta vez apoyaba a su hermano... La viuda esperaba a Nelson para que afirmase su parecer argumentando:

—Una de las veces que se te presenta la oportunidad de dar un buen golpe, lo querés echar a perder...

Se oyeron los pasos de Nelson en el zaguán. Cuando el hermano mayor llegó con la noticia de que había sido expulsado de la empresa, por chismes, Pedro dirigió su indignación en todos los sentidos. Hecho un energúmeno, gritó que ahora, con esa noticia, menos que nunca devolvería la cartera:

—¡Ahí está todo, menos los veinte pesos!...

Y se fue al garage.

Durante los dos días subsiguientes trabajó como nunca la imaginación de la viuda. Epilogó su duda, la determinación de llevar a un diario de la tarde la cartera con todo su contenido y un retrato de su hijo. De sus ahorros sacó los veinte pesos y marchó a la Dirección del diario.

Esa misma tarde en la familia Durañol había un hombre honesto. Apareció en el periódico la fotografía de Pedro, consagrándole como ejemplar sujeto "cuya honestidad debía tenerse en cuenta" y servir de norma de conducta a los demás conductores de automóviles. Y en el respectivo comenta-

rio, se señalaba la particularidad, de que el chauffeur, por no abandonar su volante, había encomendado a su madre la devolución... Se trataba, por otra parte, de uno de los primeros casos de manifiesta honradez.

El ejemplar del diario, en donde estaba estampada la fotografía, anduvo un mes de un lado a otro en la cartera de la viuda.

Pedro dejaba de ser un chauffeur de orden común...

Aquella comedia había impresionado el ánimo del falso protagonista. Entre algunos camaradas pasaba por ser excepcional. No por su acción de honradez, precisamente, sino por su cuarto de hora de popularidad. Los compañeros que lo conocían de vista y le saludaban al pasar, acompañaron al gesto amical del saludo con un:

—¡Adiós Durañol!...

Si la hermana y la hija iban en el bien disfrazado Ford, el orgullo crecía en forma ostensible. En el garage, clavado con seis tachuelas, en una pared cercana al proveedor de nafta, estaba el retrato de Pedro Durañol... Quien lo clavó allí habíase propuesto "tomar el pelo" a Durañol. El chauffeur que se ocupó de la honestidad de su colega, y a la vez de honrar el garage con la vera efige de Durañol, era el peor conceptuado de los chauffeurs. Un correntino pequeño, que parecía un chino malicioso y burlón, fue el de la ocurrencia. Pero duró poco en el garage el correntino cicatero... No así su intentona de burla, que tomó carácter —diremos— cuando el propietario del garage solicitó conocer a Durañol. Se corrió la noticia de que el dueño del establecimiento había inquirido por la familia del "chauffeur honrado", preguntando su situación y si era casado y con hijos...

Pedro se fue acostumbrando a su pequeña gloria y a sacar algunos beneficios de ella.

Pero su mal genio —cosa de familia— no había variado lo más mínimo. Todos los días se levantaba de la mesa en plena discusión con su hermano, con Eulalia y con la madre. Esta recalcaba la necesidad de mejorar. En esa forma, objetaba dueña de la razón, "beneficiarán a esta infeliz de Eulalia que tiene que casarse"...

La hija protestaba entonces por el calificativo, "haciendo trompa" y largando improperios:

—Yo no necesito de ellos, ¿sabe?... —respondía acalorada—. Sola me las voy a arreglar siempre. ¡No faltaba más!

—Pero cayate, infeliz, ¿qué vas a hacer vos? —gritaba Pedro—; tenés puro humo en la cabeza... Francamente...

—¿Francamente qué? ¡Hablá, hablá! —respondía Eulalia.

Pedro no quería herir la susceptibilidad de la hermana. Entonces tomaba la palabra Nelson, para censurar a ambos:

—¡Pero qué infelices —observaba— pelearse por una estupidez!

—Estupideces no, ¿sabés? Son cosas serias —intervenía la madre—. A vos, como poco te importa la vida de tu hermana y su suerte, claro, te parecen pavadas todo! ¡Mejor sería que te buscases trabajo! Algo mejor, no vamos a estar condenadas a tener chauffeurs y guardas en casa.

Entonces Nelson reprochó a su madre la mala idea de haber venido a la ciudad, pudiendo vivir trabajando más dignamente en la Provincia natal. Eran los engreimientos y las ínfulas de su madre los causantes de su desgracia, y las ambiciones de su hermana, que andaba siempre a la pesca de novio.

—Acuérdense —recalcaba Nelson— que tuve que luchar para entrar en la compañía, porque se rebajaba la familia!

Y así, unos y otros, fuéronse reprochando innumerables cosas y echándose las culpas.

Cuando Pedro se fue al trabajo, la casa quedó en silencio. Eulalia María Victoria, preparaba un vestido; Nelson componía una guitarra y la viuda rezongaba contra todos en su pieza encerrada, abanicándose, pues aquellas discusiones la fatigaban.

III

Un clamoreo callejero entraba en los zaguanes para arrancar de su habitual tranquilidad al vecindario. Cruzaba la gente corriendo por la puerta de la casa de los Durañol. Unos, hacia el lugar del siniestro, y otros, los menos, portadores de la noticia, con una ansia de propalarla que ponía alas en sus pies. Los cristales de las ventanas, copiaban trozos del incendio y hacían fantástico el minuto. Hombres a caballo, en sulkys, carretillas y automóviles, pasaban por frente a la casa de los Durañol.

Todos querían volcar sus ansias de ver, para llenarse luego del espectáculo pavoroso. El incendio entraba con el anuncio rojo de su resplandor, en las casas, por las puertas, por los balcones y ventanas. Y brotaba la gente de los zaguanes y crecían los grupos, y los balcones se poblaban de mujeres. La cuadra entera rebosaba de curiosidad. El cuerpo de bomberos había dado el anuncio de llegada y enmudecido, como el pavor, más tarde. Desde los altos balcones de la casa en llamas, caían objetos. Las mangas de los bomberos alzaban su chorro nutrido bajo la sorpresa de miles de espectadores.

La viuda de Durañol, que paseábase colérica por su habitación, después de haber renovado la

discusión de la mañana con su hija, puso oídos sordos al clamoreo de la calle. Le parecía que, no dando valor a tan singular espectáculo como era el del incendio, demostraba que su discurso y su molestia eran mayores. Salir como todos a ver lo que sucedía, era para la mujer una forma de dar la razón a su hija y quitar la importancia a tan magno problema de familia.

—Mamá, mamá —exclamó la hija —¡se prende fuego la casa de la esquina!...

Su enojo se trocaba en ardiente curiosidad. Su madre, tercamente, respondió:

—No estoy yo para ver incendios ahora... Por mí, que se queme todo el mundo...

Pedro que se preparaba un "sangüiche" en el comedor, salió con él en la mano, corriendo hasta el zaguán.

Nelson contemplaba el espectáculo, conversando con unos amigos y cambiando ideas sobre los orígenes del incendio.

Cuando se aproximaron Pedro y Eulalia María Victoria, Nelson los miró con encono. Aquel espectáculo los reconciliaba.

El incendio hacía fraternos a los tres hermanos.

Pero la momentánea tranquilidad, fue interrumpida por una pregunta que a todos preocupaba: si el portero de la casa en zafarrancho, estaba o no con su hija en las piezas que ocupaban del último piso.

Se trataba de un viejo, familiar a todo el barrio, quien a esa hora solía hallarse con su hija, una obrera, cenando en su pieza, o bien en el almacén bebiendo con los amigos.

Fueron interrogados todos los presentes. Los bomberos decían que ya la recorrida general había sido efectuada y no se les había hallado en el edificio. Era por lo tanto, muy humano no exponerse nadie.

Unos muchachos volaron hasta el almacén, y allí no se encontraba el portero. Los habitantes de la casa, enloquecidos de pavor, no podían dar noticias concretas. Apoyados en las practicadas averiguaciones, discutían unos y otros. Pero todos arribaban a la conclusión de que ni el portero ni su hija estaban en sus piezas, pues de lo contrario se habrían asomado en demanda de auxilio.

Así opinaba la mayoría, incluso Nelson, quien se atrevió a asegurar que había visto al portero y a su hija salir de la casa y tomar un coche momentos antes del incendio.

—Me llamó la atención —reflexionaba— porque los vi alejarse en un coche...

Pedro, como movido por un resorte, levantando la voz, le respondió:

—¡Mentira, ése no ha visto nada, está macaneando!... ¡Esos infelices están allá arriba!...

Y dicho su parecer se alejó un tanto del grupo, murmurando aún. Su espíritu de contradicción se manifestaba en todo su apogeo. El malhumor, que le había hecho su presa durante todo el día, le hacía hablar sin pensar.

Todos los que le oyeron le miraron con curiosidad. El resplandor del incendio no permitía que se notase el rojo que coloreó las mejillas de Nelson. Éste, dirigiéndose a varios del grupo, ofendido volvió a hablar en voz alta para decir en forma de desafío:

—Y, si cree que están adentro, ¿por qué no se larga?... ¡Qué vaya hasta allá arriba entonces!

Todo el grupo dio vuelta la cabeza hacia Pedro, varios hombres intervinieron:

—Al "cuhete", no más, se va a largar... al divino botón, se va a exponer... Si los bomberos ya han registrado la casa —dijo uno.

—Y también dicen que la hija hace días que no venía a ver al padre... —objetó un segundo. Y un tercero, consiguió un voto de afirmación cuando dijo que:

—Si ellos apareciesen pidiendo auxilio todavía...

Un oficial de policía, que habíase acercado al grupo repetidas veces, puso un puño en el pecho a Pedro, empujándole violentamente sobre los aglomerados... Aquel acto insólito para los nervios en tensión de Pedro, lo exasperó en tal forma que, llevándose por delante al policía, acercóse a uno de los bomberos. No había tenido tiempo de cruzar ni media palabra con el sujeto —que éste era su deseo en aquel momento— cuando tres policías tomáronle violentamente por los brazos. Pero dio dos o tres manotones gritando:

—¡Déjenme, suéltenme, les digo que voy a subir a ver si está la hija del portero... Me sueltan, les digo!...

Intervinieron varias personas. Unos decían que lo dejasen, que él sabía lo que hacía. Otros, no enterados de su intención, lo reclamaban para que se reintegrase a las filas de curiosos, atribuyendo sus pasos hacia el bombero como deseo de ocupar mejor puesto. Tal cosa creía el oficial, por lo que insistía sin escucharle.

Un señor elegantemente vestido, que había escuchado el diálogo de los hermanos, fue el que ordenó la discusión, diciendo:

—Deje que el señor haga lo que se propone... Si él tiene la duda de que se halla la muchacha en el edificio, hay que dejarlo... No es un niño...

El oficial, Nelson y otros, opinaron que eran "macanas" de Pedro, que lo único que quería era "hacer desorden".

—Se ha revisado todo —decía Nelson— y yo los he visto salir en coche... ¡Porfiado como él solo!...

En un momento Pedro vio que se tendía la escalera de los bomberos, y, sin más trámites, se precipitó hacia el que practicaba la tarea.

Un clamor extraordinario, salió de todas las bocas. Uno de los Durañol, el chauffeur, se trepaba por la escalera. Desde los primeros tramos, Pedro comenzó a decir: ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Imbécil!

Se refería a su hermano, que le había irritado hasta el punto de ponerlo en aquel trance. Y aquellas fueron sus últimas palabras...

IV

No se velaron sus restos en la casa de la familia. Un círculo patriótico, solicitó el honor de tener en exposición —en sus lujosos salones, amplios y accesibles al público— el cadáver del héroe. Estaban representadas todas las clases del país y de la gran ciudad. Hablaron varios oradores. Todos en representación de numerosas corporaciones. Los diarios se adhirieron al homenaje en la mejor manera. Se recordó el caso de la honestidad del ex chauffeur. La madre del héroe perdonó sus culpas y una rara fruición recorría su cuerpo la tarde del entierro. De todos lados llegábanle cartas de mujeres desconocidas felicitándola, al mismo tiempo que enviando el pésame ritual. Su cabeza era una confusión, a medida que se enteraba de los mensajes. No comprendía bien lo que pasaba. Todo era para ella un extraño mareo inexplicable. No conseguía ordenar sus ideas. La actitud que debía asu-

mir era su constante preocupación. Por momentos se asustaba, pues una alegría enfermiza le recorría el cuerpo con un temblor de pecado... Entonces contenía la risa, se avergonzaba después, y, el llanto se le hacía doloroso y terrible...

Un vecino la felicitó por la acción de su hijo:

—Puede estar contenta, señora, ha muerto como un héroe...

¿Contenta? Podía sí, estar satisfecha, pensaba, pero su hijo se iba para siempre, heroicamente, pero para siempre... Los amigos parecían alegrarse de que Pedro se fuera así... La viuda lo notaba en cada rostro. Y por momentos, también ella sentía la suerte de tener un héroe en la familia. Después, volvía a avergonzarse; pero entonces llegaba algún conocido con el pésame-felicitación y la trastornaba.

Cuando el féretro le arrancó el hijo de su casa, la señora Durañol desanudó un sollozo apretado en su garganta.

A la semana del entierro, aquella mujer paseaba sus ojos orgullosos por las páginas de las revistas ilustradas, en donde campeaba el retrato del héroe...

INDICE

Este volumen de la colección **Bolsilibros Arca**, fue impreso en los Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía. S. A., Treinta y Tres 1475, Montevideo, en el mes de junio de 1968.
Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

ALGUNAS COLECCIONES DE ARCA

BOLSILIBROS

Puppo, Julio C.: **Crónicas de El Hachero**
Benedetti, Mario: **El país de la cola de paja**
Viana, Javier de: **Con divisa blanca**
Suárez, Julio E.: **Comentarios internacionales de El Pulga**
Benvenuto, Luis C.: **Breve historia del Uruguay**
Assunçao, Fernando O.: **El mate**
Amorim, Enrique: **Los mejores cuentos**
Onetti, Juan C.: **Para una tumba sin nombre**
García, Serafín J.: **Los mejores cuentos**
Fernández Saldaña, J. M.: **Historias del viejo Montevideo** (Tomo I)
Arenas, Domingo: **"Don Pepe" Batlle**
Onetti, Juan C. **El pozo**
De la Torre, Rodríguez, Sala: **Artigas: tierra y revolución**
Mónica: **Mónica**
Vidart, Daniel: **Caballos y jinetes**
Amorim, Enrique: **Tangarupá**
Marmier, Xavier: **Buenos Aires y Montevideo en 1850**
Wettstein, Germán: **Nuestra tierra. I) El paisaje**
Puppo, Julio C.: **Ese mundo del bajo**
Damocles (Benedetti, Mario): **Mejor es meneallo**
Silva, Clara: **Aviso a la población**
Fernández Saldaña, J. M.: **Historias del viejo Montevideo** (Tomo II)
Suárez, Julio E.: **Diccionario del disparate**
Campal, Esteban F.: **Hombres, tierras y ganados**
Ferrán, Antonio: **La mala vida en el 900**
Maggi, Carlos: **Cuentos de humoramor**
Benedetti, Mario: **Esta mañana y otros cuentos**
Ayestarán, Lauro: **El folklore musical uruguayo**
de las Carreras, Roberto: **Psalmo a Venus Cavalieri**
Vilariño, Idea: **Tangos**
Traibel, José M.: **Breviario artiguista**
Faraone, Roque: **El Uruguay en que vivimos**
Sclavo, Jorge: **Acto de humor**
Alonso y Trelles, José: **Paja brava**
Rivera, Fructuoso: **Cartas a Bernardina**
Galeano, Eduardo: **Su Majestad el fútbol**
Rappalini, César: **Aves del Uruguay**
Wettstein, Germán: **Nuestra tierra. II) Los hombres**

Pendle, George: **Uruguay**
Reyles, Carlos: **Cuentos completos**
Rosiello, Julio (Pangloss): **Con los lentes rotos**
Dotti, Víctor: **Los alambradores**
Pereda Valdés, Ildefonso: **Magos y curanderos**

NARRATIVA LATINOAMERICANA

García Márquez, Gabriel: **La hojarasca**
Carpentier, Alejo: **El reino de este mundo**
Carpentier, Alejo: **Los pasos perdidos**
Arguedas, José María: **Amor mundo**
Brunet, Marta: **Soledad de la sangre**
Garmendia, Salvador: **Los pequeños seres**
Diego, Eliseo: **Divertimentos y versiones**
Carballido, Emilio y Galindo, Sergio: **Dos novelas mexicanas**
Onetti, Juan C.: **El astillero**
Revueltas, José: **Dormir en tierra**
Alegría, Arguedas, Vargas Llosa, y otros: **Diez peruanos cuentan**
Traba, Marta: **Pasó así**
Uslar Pietri, Garmendia, González y otros: **Aquí Venezuela cuenta**
García Ponce, Juan: **La presencia lejana**

ENSAYO Y TESTIMONIO

Arregui, Mario: **Líber Falco**
Martínez Estrada, Ezequiel: **El hermano Quiroga**
Martínez Estrada, Ezequiel: **La poesía afrocubana de Nicolás Guillén**
Jitrik, Noé: **Horacio Quiroga: una obra de experiencia y riesgo**
Benedetti, Mario: **Letras del continente mestizo**

Los dos rostros de Enrique Amorim: la moderna ciudad afiebrada con sus personajes insólitos y el campo con sus ásperos hombres y su dramática situación social.